

Publicación trimestral — Precio del ejemplar : 75 Pts — Francia : 7 FF — Alemania : 3,50 DM
 Inglaterra : 70 p. — Holanda : 3,50 Fl. — Bélgica : 70 FB — Italia : 1.000 Lir. — Portugal :
 35 Esc. — Suiza : 3,50 FS — EE.UU. : \$1 — América Latina : el equivalente de \$0.50
 Abono anual : precio de 4 ejemplares

EL PROGRAMA COMUNISTA

ORGANO DEL PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL

EN ESTE NUMERO

- El imperio de los grandes Estados capitalistas agitado por incurables antagonismos 1
- En defensa de la continuidad del programa comunista (II) :
 - Introducción 6
 - Tesis sobre la táctica del Partido Comunista de Italia (Tesis de Roma - 1922) 21
- La cuestión de las nacionalidades en España (II) 41
- A la memoria de Ernesto "Che" Guevara 61
- Nota de lectura : "Debate sobre los consejos de fábrica" 69

LO QUE DISTINGUE A NUESTRO PARTIDO

La línea que va de Marx a Lenin, a la fundación de la Internacional Comunista y del Partido Comunista de Italia (Liorna, 1921) ; la lucha de la Izquierda Comunista contra la degeneración de la Internacional, contra la teoría del « socialismo en un solo país » y la contrarrevolución estaliniana ; el rechazo de los Frentes Populares y de los bloques de la Resistencia ; la dura obra de restauración de la doctrina y del órgano revolucionarios, en contacto con la clase obrera, fuera del politiquero personal y electoralesco.

El imperio de los grandes Estados capitalistas agitado por incurables antagonismos

En la inmediata posguerra, lo que permitía al capital reabrir en una escala gigantesca el ciclo de su acumulación ampliada, fue el gran negocio de la reconstrucción de medio mundo (y sobre todo de Europa) y el control, incluso militar, de la clase obrera, que estaba llamada a reconstruir con su propio sudor, en la calma y el orden, lo que la habían hecho destruir con su propia sangre. Aquella época podía conferir al menos una apariencia de verosimilitud al mito de lo que, en el plano económico, se llamaba competencia pacífica; en el plano diplomático, solución negociada de los conflictos y no ingerencia en los asuntos ajenos; en el plano militar, equilibrio del terror.

Según este mito, publicitado conjuntamente por burgueses y oportunistas, la disparidad entre los Estados y las potencias no habían, por cierto, desaparecido, pero sí se habían atenuado. Las contradicciones, aunque no desapareciesen, no se transformarían en antagonismos violentos. Así como, en la leyenda del mercado (al cual todos tienen acceso en condiciones de igualdad), el pequeño no deja de ser pequeño pero tiene su legítimo lugar al lado del grande y, a largo plazo, si no en lo inmediato, los desequilibrios se compensan en una justa y benéfica media, la "comunidad de las naciones" también evolucionaría hacia una armonía progresiva; en su marco, la división en bloques (por lo demás rígidos) reproduciría, en otro plano, la igualmente benéfica y providencial división internacional del trabajo.

A las fricciones de la guerra fría había sucedido el deshielo: el condominio ruso-americano del mundo, sancionado en Yalta y Potsdam, reafirmaba, sí, el principio de que, aunque todos los Estados sean iguales, algunos (dos, en la prá-

tica) son más iguales que los otros. Pero bajo su ala protectora estos otros iban recobrando vigor, nuevos Estados nacían en la periferia del "mundo civilizado" sin que por eso el orden mundial fuese perturbado, y si se desencadenaban guerras (¡y cuántas hubo en estos 30 años!), quedaban localizadas al margen del "mundo que cuenta". Sobre todo, estas guerras no conflúan en un único y grandioso incendio de los pueblos ex-coloniales contra el imperialismo, incendio que los dos "supergrandes" estaban igualmente interesados en evitar, y en cuya extinción trabajaban, cada uno de ellos en su propia esfera independiente y soberana, con los medios técnicos y los recursos políticos, financieros o militares más eficaces.

Aunque ningún tratado formal de paz haya dado por concluida la segunda carnicería imperialista, el planeta vivía (creía vivir y progresar) en los marcos de algo que se parecía al Tratado de Viena o a la Santa Alianza de hace un siglo y medio. No es por casualidad que Kissinger pasaba por ser un nuevo Metternich, ni que su "estrategia" se basaba en una sucesión de pasitos silenciosos para ajustar las fallas abiertas en el edificio estático de una paz de hecho, y no para perturbar su equilibrio.

Pero detrás del velo de la prosperidad que se expandía impetuosamente, maduraban en profundidad los factores irresistibles de su hundimiento. Los "equilibrios" de la expansión económica y del comercio pacífico se vinieron abajo; los equilibrios políticos y diplomáticos interestatales empezaron a alterarse (y todo prueba que tienden cada vez más a venirse abajo), mientras que el espectro de una crisis social se vuelve más amenazador. Se asiste, por eso, a confusos realineamientos de fuerzas, los cuales son a su vez el preludio de violentos terremotos. Se asiste principalmente a un desplazamiento gradual de su epicentro (desplazamiento que, por lo demás, sigue la curva de la crisis económica) de la periferia al centro vital del mundo capitalista, es decir, Europa, o mejor dicho, Euroamérica. Por tanto, se asiste al cuestionamiento del sistema de equilibrio en el que se basaba la coexistencia pacífica, el desarrollo de intercambios "iguales" y "recíprocamente ventajosos", el reconocimiento de la soberanía de cada uno de los dos "supergrandes" en el respectivo "imperio", y el equilibrio del terror. La estrategia fundamentalmente estática de los pasitos ha perdido rápidamente su razón de ser: es la hora de los dinámicos pasos largos en el camino (que no es corto, por supuesto) del aplazamiento recíproco. Para decirlo con palabras claras y sencillas, están madurando las condiciones de la única verdadera repuesta capitalista a la crisis: la guerra general.

o o o

Como de costumbre, lo que salta inmediatamente a la vista no es el núcleo central de la realidad, sino su apariciencia externa. Es la carrera de las potencias para disputarse trozos de mercado o para robarse mutuamente reservas

de materias primas en Africa o en Medio Oriente. Son las veleidades, sea de Europa en su conjunto, sea de los más grandes Estados europeos, de "arreglárselas solos" (de diferentes maneras, según su diferente peso económico y financiero). Son los conflictos que resurgen sin cesar entre países "en vía de desarrollo", que están aplastados por el tremendo peso de este mismo desarrollo forzado, y que oscilan cada vez más entre tal o cual potencia imperialista, odiada y cortejada al mismo tiempo, no deseada en el país y, sin embargo, indispensable como proveedora de armas y de capitales. Es la aparición de China como gran potencia surgida de las cenizas de las mil y una ilusiones "socialistas" esparcidas entre sus proletarios y campesinos. Es el incendio nunca aplacado del Medio Oriente.

Todo esto es trágicamente cierto, así como es cierto que, en todos los países arrastrados en la espiral de la crisis, la competencia entre unidades productivas no es librada ya con los métodos de la simple "competencia", sino precisamente con los de la guerra. Y esto es también cierto en lo que concierne a la competencia entre países, poco importa si son "aliados" o no. Pero del mismo modo que detrás de estos escenarios periféricos se destaca el escenario mundial de la crisis, detrás de este paisaje cada vez más iluminado por las chispas que saltan de los innumerables roces (¡pobre "paz democrática", premio sublime de la guerra "antifascista", cuán bajo has caído!), se prepara una lucha a muerte, política y militar, ya no localizada, sino necesariamente planetaria, lucha que tiene como protagonistas a los dos "supergrandes", y como teatro principal a Europa. No hay que dejarse engañar por las veleidades recurrentes de independencia de tal o cual país capitalista avanzado: es siempre América (o, mejor dicho, es más que nunca América, a pesar de las apariencias) la que lleva la batuta. Ella no tiene rival actual o potencial que no sienta con irritación su yugo; pero todos se someten, unos más otros menos, a su ley, que, por otra parte, es la ley del dólar.

Así, Alemania y Japón saben que deben ser, no dos locomotoras que marchan en pie de igualdad al lado de una tercera, sino dos motores suplementarios y subsidiarios de una única locomotora, la norteamericana. Ellos rezongan cada vez que ésta exige de ellos el servicio debido en las condiciones debidas, pero al final se pliegan, conscientes de no tener otra salida (al menos por ahora). Así, también en otro plano, la herencia veleidosa y chovinista del gaullismo puede ser recogida por el PCF, pero el curso de este último toma irresistiblemente la dirección de Wall Street, al igual (aunque sea bajo otra forma) que el de su adversario Giscard o el de su socio Mitterand, del mismo modo que el curso de Berlinguer o de Carrillo (que no tienen ni siquiera aquel jirón de bandera para agitar), en la medida en que sirve a los intereses nacionales de Italia o España, conduce al mismo puerto hacia el cual bogan Andreotti o Suárez, es decir, Washington. Eurocomunismo, por un lado; llamadas al orden de Moscú, tan desesparadas como inútiles y contradictorias, por el otro. Tendencia del Este europeo a desplazar hacia el Occidente el eje de su búsqueda de capitales y de sus intercambios de mercancías, en un polo; golpes de freno inquietos

del Kremlin, en el polo opuesto. Oscilaciones "tercermundistas" y bruscos cambios de frente islámicos en la búsqueda ansiosa de interesados proveedores de ayuda. Partidos de ping-pong, alternados con destituciones de héroes y rehabilitaciones de réprobos en China. Idas y vueltas de grandes viajantes en búsqueda de nuevos peones para su juego, sean reacios o voluntarios. Todos estos son aspectos cambiantes y lo cales de una polarización constante y general de fuerzas que no son sólo económicas, sino también políticas y militares, y que tiene como tela de fondo un conflicto que madura progresivamente, en el cual el centro nevralgico del imperialismo, es decir, los EE.UU., es el que hoy día conduce la ofensiva, mientras que la URSS, militarmente fuerte, pero en el plano económico relativamente débil, es quien la soporta.

o o o

No se trata, por supuesto, de un hecho consumado, sino de un proceso que no tiene nada de lineal, cuyo desarrollo no excluye que se abran brechas allí donde en la situación actual parece subsistir un frente compacto. Pero su desarrollo (como lo hemos diagnosticado hace 30 años, en plena orgía de democracia, de paz y de inicio de boom universales) se refleja en la carrera acelerada por el rearme (de preferencia - y esto no es una casualidad - con armas convencionales); en la expansión vertiginosa de la industria y del comercio de armas, en la hipertrofia creciente de los aparatos estatales y de sus dispositivos policiales. En pocas palabras, ese desarrollo se refleja en la ósmosis entre democracia y fascismo (que es lo que nosotros llamamos "democracia blindada"). Por otra parte, esta democracia blindada se acoraza cada día más de pavor a las tensiones provocadas por la crisis y por la misma terapia adoptada en todas partes para tratar de salir de la crisis, siempre con la complicidad del oportunismo, que es un instrumento necesario de este proceso. "No nos obliguéis a transformarnos en un Estado policial", ha implorado el alma cándida (por así decir...) de Willy Brandt, luego del reciente atentado de la RAF, abonando así la tesis más que mentirosa según la cual el corderito de la democracia estaría obligado, por las explosiones de terrorismo individual, a transformarse, contra su propia naturaleza y con infinito pesar, en lobo. La verdad, señores apóstoles del orden constituido, es que el Estado policial (o, lo que es lo mismo, "de derecho") ultrademocrático no ha necesitado, para surgir, que ninguna "banda" le obligase a ello. Al contrario, el terrorismo individual y, con él, la ideología del "gesto ejemplar", son la reacción desesperada contra la omni presencia obsesiva, tentacular, martillante, del Estado-gendarme (así como contra todos los fenómenos morbosos de esta sociedad en putrefacción, de la cual el "nuevo Leviatán" es tan solo una de las manifestaciones). Este Estado-gendarme es tan poco específico de un país determinado, y de una época dada, que ha surgido desde que los grandes vencedores ultrademocráticos de la segunda guerra mundial sometieron a un régimen de ocupación (o de presencia) permanente los puntos

calientes de sus líneas de contacto, dando a sus ejércitos funciones abiertas y declaradamente policiales. Y el rigor de este Estado-gendarme no es nada más que la prolongación de las técnicas sofisticadas de represión de la "contestación", elaboradas en los laboratorios experimentales de Sing-Sing o de Alcatraz, en el Occidente, o de Lubyanka, en el Oriente europeo, técnicas que estos han transmitido como herencia a los "liberados" como a los "libertadores" de segundo orden. La trágica ironía está en que los primeros síntomas de la cruzada "libertadora", cuya propaganda hipócrita acompaña la preparación material del enfrentamiento armado, se manifiestan bajo la bandera de la libertad, de los derechos del hombre, del pluralismo, de la antidictadura, agitada desde la prisión internacional construida por el capitalismo al fin al de una masacre "redentora", hasta hoy inigualada por su extensión y ferocidad, desde la más grande de las prisiones que el capitalismo, que nació y morirá clamando "libertad, igualdad, fraternidad", haya construido en su siniestra historia, es decir, desde América. No hace falta recordar que esta ironía no es nada nueva en la historia: los EE.UU. ya se deleitaron dos veces con tales "cruzadas".

Es por esto que, en el drama del desempleo y del subempleo, del salario reducido al mínimo y del despotismo de fábrica llevado hasta el paroxismo, los proletarios deben aprender a entrever, detrás de la demagógica cortina de humo de la democracia imperialista, la otra cara (que no es ni si quiera la más brutal) de un curso histórico orientado no sólo hacia la imposición de un sacrificio cotidiano cada vez más grande y de una creciente renuncia al pan cotidiano, sino también hacia una nueva requisa de su sangre (todo esto, es obvio, "por su propio bien", del mismo modo que es "por su propio bien" que se pide a los explotados dejarse explotar cada vez más en las fábricas y en los campos...). Los proletarios deben aprender a reconocer que, contra ambas perspectivas, ellos tienen una sola arma, pero un arma invencible, que apunta en la dirección opuesta a cualquier cruzada por la libertad, por la independencia nacional, por la civilización a defender, por las sagradas fronteras que se debe impedir de violar: este arma es la lucha de clase intransigente, la solidaridad entre todos los explotados por encima de toda frontera de categoría, de empresa o estatal; el derrotismo revolucionario de la economía nacional, en tiempos de paz, y de la patria, en tiempos de guerra; la violencia de clase organizada y, mañana, la dictadura proletaria.

En defensa de la continuidad del programa comunista (II)

*La primera parte ha sido publicada
en el número 23 de esta revista.*

Introducción

El P.C. de Italia se constituyó en enero de 1921 en el Congreso de Liorna sobre la base de los 21 puntos de Moscú y del programa que aparece como introducción a las Tesis reproducidas más adelante. La Izquierda, que lo dirigió hasta principios de 1923, procedió a una vigorosa obra de encuadramiento político (y luego también militar), de agitación, de propaganda y, sobre todo, de intervención en las poderosas luchas económicas sostenidas por un proletariado que aún no estaba doblegado ni por la acción represiva del aparato estatal democrático y de las bandas fascistas que prosperaban a su sombra, ni por el sutil trabajo de desarme político y organizativo desarrollado en sus filas por los reformistas. El P.C. de Italia, entre todas las secciones de la Internacional, fue el primero en lanzar y sostener con energía la propuesta de frente único sindical, en un doble sentido: de invitar a fusionarse a las tres organizaciones obreras existentes (C.G.L., U.S.I., S.F.) (1), y de orientar las luchas hacia la unión de todas las cuestiones de categorías en una

(1) C.G.L. : Confederación General del Trabajo, controlada por los socialdemócratas; U.S.I. : Unión Sindical Italiana, de orientación anarquista; S.F. : Sindicato de Ferroviarios.

plataforma reivindicativa única a defender, como "cuestión de principio", con un único método de acción (huelga general), constituyendo mientras tanto en la C.G.L. una compacta y muy eficaz red de grupos comunistas que actuaba como "correa de transmisión" del partido para conquistarla a su dirección política. Fué el P.C. de Italia, al mismo tiempo, el único que se batió contra el fascismo en su propio terreno, el de la violencia, no ignorando ni escondiendo a los proletarios que estaba desgraciadamente - no por su propia acción y voluntad - a la defensiva, pero no dudando en pasar (y pasando cada vez que las circunstancias lo permitían) al necesario y deseado contraataque.

Era un partido - y que no parezca una contradicción - de ofensiva, como no puede dejar de serlo un partido de oposición permanente al régimen del capital; y lo era no por que - como muy apresuradamente se dijo y como interesadamente se repite - rechazara las necesarias "retiradas" o, peor aún, soñara con golpes de mano de minorías audaces (cosa que siempre rechazó abiertamente como método no marxista y por ello no suvo), sino porque sabía que estaba colocado por la situación histórica en la necesidad, no deplorada sino virilmente reconocida, de recoger el desafío supremo del enemigo, y jamás, ni siquiera retirándose, habría aceptado colocarse en el plano del desarme ideológico y material, y de la invocación de la ley, del derecho y de la...democracia.

El obstáculo de esta batalla de verdadero y propio re-
arme del proletariado - generosísimo en su lucha cotidiana y constantemente abandonado a su suerte o, peor aún, traicionado por sus "jefes" - estaba representado por la sólida barrera de la derecha y del centro socialdemócratas, y la lucha contra ella formaba parte integrante e indisoluble de la lucha del partido contra la burguesía, su órgano central (el Estado), y sus formaciones militares "ilegales" (pero ampliamente mantenidas por el gobierno, por los industriales y por los grandes propietarios de la tierra, aunque fuera bajo cuerda por el primero y abiertamente por los segundos). Y es por esto también que el partido podía prever que la derrota del oportunismo, de derecha o de centro, sería a la vez el resultado y la condición de un incremento de su propia influencia sobre el proletariado. Este lo reconocería como su única guía no por proclamaciones verbales sino en virtud de actos y constancia de posiciones prácticas además de doctrinarias de un partido que, del aislamiento que le impusieron los duros hechos de la historia europea y mundial, había sabido extraer una razón no de desaliento, sino de fuerza.

Entre tanto, el curso del desarrollo de la Internacional Comunista presentaba aspectos que es necesario tener presentes para comprender bien las Tesis sobre la táctica presentadas en el II Congreso del partido (Roma, 20-24 marzo 1922, de aquí el nombre corriente de Tesis de Roma) como contribución - manteniéndose firme la disciplina a las decisiones fi-
nales del Ejecutivo del Comintern - a la definición de los complejos y fundamentales problemas que concernían a todo el movimiento comunista. Es necesario tenerlos presentes, lo subrayamos, no porque las tesis tengan un valor contingentemente polémico, sino porque en éstas está condensado un ba-

lance de choques reales a escala no sólo italiana, sino sobre todo europea y extra-europea, y de este balance éstas derivan no el "descubrimiento" sino la confirmación de directivas, que precisamente por ello pensábamos que debieran tener validez para siempre y para todos, y que hoy tenemos mucha más razón de considerar como un punto firme y adquirido.

o o o

Reunido desde el 22 de junio hasta el 12 de julio de 1921, el III Congreso de la Internacional había extraído de la crítica de la desafortunada "acción de marzo" en Alemania y de la "táctica de la ofensiva", confusamente propugnada por grupos que se encontraban más en los márgenes que en el interior del partido alemán, dos fundamentales conclusiones que la Izquierda en Italia era la primera en compartir, ya sea porque las consideraba "en su espíritu de clarificación, y si traducidas en un sano y feliz planteo, patrimonio común de todos los comunistas" (2), ya sea porque se movía precisamente sobre esta vía al dirigir al partido en una de las fases más duras, pero también más vibrantes, de la lucha proletaria en Europa:

a) No basta tener partidos sólidamente encuadrados según los principios del marxismo revolucionario y basados en las normas consecuentes con los mismos, sancionadas en los congresos de fundación de la Internacional, y por ello compuestos únicamente por los elementos que posean una clara y neta concepción de la necesidad de la lucha revolucionaria y que no se dejen desviar por la obtención, acontecida o esperada, de fines parciales y temporales. Es necesario que estos partidos se esfuercen en reunir a su alrededor a crecientes falanges del ejército proletario, llevado, por los mismos desarrollos de la situación, a un choque general con la clase adversa y su aparato de gobierno. Formación de partidos verdaderamente comunistas y conquista de las grandes masas proletarias, son dos condiciones que no sólo no se excluyen sino que encajan plenamente, no siendo pensable la primera si no es en función de la segunda, y no siendo realizable sobre bases de clase la segunda, si no es en dependencia de la primera.

b) La conquista de capas cada vez más amplias del proletariado a la influencia política y por último a la direc

(2) De la serie de artículos sobre La táctica de la Internacional Comunista aparecida en los números del 12, 17, 19, 24 y 31 de enero de 1922 del cotidiano del partido "L'Ordine Nuovo" y particularmente importantes para la comprensión de toda nuestra orientación sobre las cuestiones tácticas. Una traducción en francés ha sido publicada en "Programme Communiste" nº 51-52, pp. 94-120.

ción incluso material del partido, no se obtiene ni se obtendrá jamás con el solo trabajo de proselitismo y propaganda, sino que exige la participación activa y animadora del partido en las luchas que grupos de proletarios entablan por la defensa y bajo la presión de intereses materiales contingentes; intereses y luchas que sería infantil y, peor aún, antimarxista, negar, porque en los intereses está la matriz de todo conflicto de clase y en las luchas se expresa el imperioso crecer de los antagonismos sociales, y que el partido se propone "ayudar y desarrollar en la lógica de su proceso, armonizándolos para su confluencia en una acción general revolucionaria" (3). Está tan fuera del marxismo el partido que sueña (en cualquier circunstancia e incluso prescindiendo de las relaciones de fuerza a cuyo desplazamiento ni siquiera se dedica) lanzar el ataque final al poder considerándolo la única acción que le concierne, cuando el partido que espera en la pasividad de una obra puramente "educativa" o administrativamente "reclutadora" que suene una remota y siempre nebulosa "hora X": voluntarismo en el primer caso, mecanismo en el segundo!

Para nosotros, el acuerdo sobre estos puntos no planteaba objeciones o reservas: era completo. Pero aquello que "la acción de marzo" y sus consecuencias hubieran debido realmente indicar, no era tanto el peligro de golpes de mano a la blanquista (de los cuales, en el caso específico, las mismas tesis del III Congreso niegan que se pudiera hablar) o de teorizaciones de falsa izquierda surgidas marginalmente, en particular en el KAPD, y tan infantiles como rápidamente superables en el seno de los partidos de la III Internacional, cuanto el oscilar inestable y agitado de los jóvenes partidos de Europa central entre el pacifismo, antes del desencañamiento de movimientos elementales no previstos y no deseados, y el extremismo verbal frente a los hechos consumados (había sido así un año antes cuando el putsch de Kapp, na bía sido así en marzo). Era el peligro de un empirismo y eclectismo situacionista en los que se reflejaba la escasa homogeneidad ideológica, sobre todo del partido alemán, ya presente en sus albores, y ulteriormente agravada por la apresurada fusión con los independientes de izquierda. Es más, existía el peligro de que aquel oscilar perpetuo encontrara su punto de equilibrio en una decidida orientación derechista, que efectivamente se perfilará pocos meses después y cuyo precio se pagará duramente en el otoño de 1923. Un grave sín toma de ese peligro aparecía ya con la crisis (severamente juzgada en las reuniones del Ejecutivo internacional primero

(3) Ibidem. Para la acción desempeñada por el Partido Comunista de Italia en 1921-1922 en el campo sindical, veáanse los números 11, 12, 13, 14, 15, 16, 18 de 1967 de nuestro órgano "Il Programma Comunista", y para su acción contra el fascismo los números 16, 17, 18, 21, 22 de 1967 y 1, 2, 3 de 1968, publicados en francés en "Programme Communiste" n.º 45 a 50, bajo el título Le P.C. d' Italie face à l'offensive fasciste, al igual que nuestro opúsculo Communisme et Fascisme.

y en el curso del III Congreso) del partido checoslovaco, tan pletórico con sus 400.000 inscriptos (!) reclutados ampliando las mallas del programa y de los mismos principios, como enfermo de parlamentarismo y, frente a las durísimas luchas sociales, de vergonzoso pacifismo (4). Y lo que mayormente preocupaba a la Izquierda era la posibilidad de que tales oscilaciones en torno - digámoslo así - a un centro de gravedad de derecha se arraigaran en la Internacional (como efectivamente se arraigaron) en la fase más trágica de vida de la Rusia bolchevique, cuando su aislamiento habría hecho aún más urgente el aflujo de la Europa proletaria de savia sana y de oxígeno no contaminado.

En tal contexto se comprende también nuestra firme y de ningún modo "bizantina" oposición al lanzamiento de fórmulas genéricas y no bien definidas, cuyo sentido para Lenin y Trotsky nos resultaba bien claro, pero que, precisamente por su indeterminación en una fase histórica en que urgía más que nunca la precisión tajante de las directivas, se prestaban a las interpretaciones más disparatadas y, desafortunadamente, comprometedoras: típica la consigna de la "conquista de la mayoría de la clase trabajadora" como condición sine qua non del asalto y de la conquista del poder. "La conquista de la mayoría - explicará después eficazmente Lenin - no es entendida ciertamente por nosotros de un modo formal como la entienden los paladines de la democracia filisteá... Cuando en julio de 1921, en Roma, todo el proletariado - el proletariado reformista y el proletariado centrista del partido de Serrati - ha seguido a los comunistas contra los fascistas, se tuvo la conquista de la mayoría de la clase obrera por parte nuestra... Se trataba solamente de una conquista parcial, momentánea, local. Mas era la conquista de la mayoría" (5). Sin embargo, muy pronto no será un misterio que para muchos partidos (y para ciertas corrientes en el seno del mismo partido ruso y, de rebote, en la Internacional) la "conquista de la mayoría" significaba algo muy distinto - significaba, o conquista material de la mayoría numérica por medio de inscripciones al partido (contradicción en los términos con las fundamentales tesis de 1920 sobre el papel del partido en la revolución proletaria), o bien conquista no ya de la mayor parte de la clase trabajadora, sino de las "masas" genéricamente entendidas, organizadas o no, proletarias

(4) La desviación de Terracini, que habló no sólo por el P.C. de Italia, sino también por los Partidos alemán y austríaco, fue la de no haber desarrollado con segura dialéctica todos estos puntos: de aquí la severa reprimenda de Lenin, quien, con su habitual franqueza, reconocerá que, para reaccionar contra "izquierdismos" mal digeridos, tuvo que "aliarse con la derecha" más allá de lo que los reales problemas del movimiento internacional lo imponían, como lo probaron los hechos sucesivos a junio-julio de 1921 (véanse sobretodo las Notas de un publicista, marzo de 1922, "Oeuvres", tomo 33, p.209, violentísimas contra los Levi y los Serrati).

(5) LENIN, Carta a los comunistas alemanes, 14 de agosto de 1921, en "Oeuvres", tomo 32, p. 555.

o "populares", o, en fin, en la más benévola de las hipótesis, abstracta fijación de un nivel estadísticamente determinable de influencia directa (o, peor aún, de efectivo control) sobre las masas obreras, nivel considerado necesario para estar o sentirse habilitados por la relación de fuerzas para la batalla final. Se ignoraba así aquellos coeficientes, mucho más importantes que el "número" bruto por los que - como había sucedido en la Rusia de 1917 - un partido no voluntariamente pequeño, pero sólidamente arraigado en una continuidad de programa y de acción en el seno de la clase, puede encontrarse a la cabeza - y debe valerosamente tomarla - de situaciones ascendentes(6). Un tal partido tiene todo el derecho de exigir no ser juzgado, en la eficiencia de su acción práctica, con el metro árido y académico de lábiles cifras (se radicará demasiado pronto la mala costumbre de "juzgar" a los partidos en base a su consistencia numérica o a los mayores o menores resultados electorales conseguidos, y sobre tales bases transformar las reuniones del Ejecutivo Ampliado en ... cortes juzgantes; triste preludio a la futura praxis staliniana). Dejamos luego de considerar las desviaciones incluso más graves (surgidas a la luz del sol en el IV Congreso) por parte de alas o corrientes que traducían aquella consigna en los términos del más puro y tradicional parlamentarismo, o que extrañan de ella la absurda confirmación de la legitimidad de su aspiración a renovados giros de vals, o directamente a reconciliaciones, incluso organizativas, con alas y fragmentos de la socialdemocracia.

El peligro general que se delineaba era ilusionarse en remontar la pendiente de derrotas temporales, o en acelerar el tiempo de maduración del desenlace revolucionario, "fabricando" artificialmente los partidos, de un calibre supestandamente optimum, por el agregado de despojos dejados a lo largo del camino por la dégringolade socialdemócrata, o a través de penosas tratativas diplomáticas en base a concesiones recíprocas, destrozando así aquella férrea disciplina de programa, de acción y de organización en la que se reconoce el verdadero signo y la auténtica característica del partido de clase.

Que el peligro no fuera hipotético y nuestra alarma no dictada por apriorismos idealistas, lo probaba el hecho que Moscú aceptara precisamente entonces discutir la eventualidad y los términos de una adhesión póstuma de aq. el P.S.I..

(6) Hasta Trotsky, en el Ejecutivo Ampliado de febrero-marzo de 1922, entre tantas y potentes reafirmaciones de nuevos comunes principios, se dejará inducir a fijar en porcentajes casi obligatorios (¡los 3/4!) el grado de influencia necesario y suficiente para la orden de ataque al poder: ¿se habría detenido alguna vez en semejantes experimentos de laboratorio en el resplandeciente Octubre rojo suyo y de Lenin, cuando hasta ... la aritmética de la relación mayoría - minoría en el seno del Comité Central había sido arrojada por los aires?

que acontecimientos históricos grabados con hierro y fuego en las carnes proletarias demostraban que era incurramente contrarrevolucionario (los primeros "pactos de pacificación" con los fascistas fueron firmados mientras los "peregrinos socialdemócratas" viajaban hacia la Meca de su falsa penitencia). Aceptar su "recurso de apelación" significaba introducir en la Internacional la figura más que equívoca del partido "simpatizante" al lado del partido oficial y, en el mismo plano que éste, ligado directamente a Moscú(7). Pedirle, después de las merecidísimas críticas de Lenin, Trotsky y Zinoviev en reunión congresal, que se separara de la derecha turatiana (cosa que por otra parte éste no hará ni siquiera en el sucesivo congreso de Milán), significaba poner de nuevo en cuestión las condiciones de admisión formuladas en 1920, ya que la amputación "a la derecha" tenía el valor de un eficaz "reactivo" antes del congreso constitutivo del P.C. de Italia como contraprueba de la total aceptación de los "21 Puntos", mas lo había perdido desde el momento en que, en Liorna, serratianos y turatianos habían formado bloque contra las decisiones imperativas de Moscú, y sobre todo después que, en el sangriento curso de los conflictos de clase y hasta en el terreno económico, el P.S.I. había dado miles de pruebas de rechazar de hecho, como repetidamente había condenado en línea de principio, la plataforma de la Internacional. Los partidos no son agregados informes de individuos o grupos; son organismos que se han formado a través de una historia real y que están dotados de una propia lógica interna que no se puede invertir o torcer sin minar sus bases y condiciones de desarrollo. Y era vano decir que, en resumidas cuentas, el P.S.I. no era el peor de los partidos tipo II Internacional, porque la Izquierda, si bien tocada directamente por estos virajes en su enérgico trabajo de orientación de las fuerzas proletarias, no hacía del rechazo de la fusión con el P.S.I. o con sus fragmentos una cuestión nacional o local, y menos aún de estúpido prestigio, sino una cuestión de justa dirección internacional. Por otra parte, amputado por la derecha, ¿qué cosa habría sido el P.S.I. (o cualquier equivalente suyo en otros países), si no la edición "italiana" del centro socialdemócrata, enemigo número uno de Lenin y los bolcheviques, precisamente por su vocación de enmascarar tras la pantalla de una "intransigencia" parlanchina la verdadera sustancia del reformismo gradualista y parlamentario? Y su confluir como grupo organizado en el P.C., ¿qué efecto habría tenido, sino el de reproducir la nefasta situación de un partido no tanto con "dos almas" (como se decía entonces), cuanto con dos cuerpos y mecanismos contrastantes, paralizado pues en todos sus movimientos como tan a menudo había sucedido en los cruciales desarrollos de la inmediata posguerra? En fin, la transigencia hacia los arrepentidos de la duodécima hora ¿no habría introducido (como hoy podemos decir que introdujo) en el seno del Comintern

(7) Es sabido que esta figura será, en el V Congreso de 1924, tristemente institucionalizada: "simpatizante" será también el partido del verdugo Chiang Khai-Chek!

la praxis desgraciada del periódico retorno sobre sus propios pasos, de las oscilaciones ora en un sentido, ora en el sentido opuesto, del eclectismo táctico que se deja dominar por las viscosidades alternas de la "situación" en vez de dominarlas gracias a una visión y previsión histórica?

No pasó medio año cuando este peligro, anticipado con todas las cautelas por una dirección no inclinada a la ligereza de los juicios y el apresuramiento de las condenas, tomaba cuerpo explícitamente, por primera vez, en las tesis sobre el frente único votadas por el Ejecutivo de la Internacional Comunista el 28 de diciembre de 1921.

El III Congreso había formulado sus tesis para el desarrollo y el encuadramiento de los partidos comunistas en dirección de la conquista de las masas, en una perspectiva que - quizás con demasiado optimismo - continuaba siendo considerada de asalto más o menos inminente al poder. A fines de 1921 (en realidad, para nosotros la fase ya estaba en curso desde hacía tiempo), la óptica de la Internacional cambia: ahora es la clase patronal la que está a la ofensiva; en todos los países el proletariado lucha con energía aun por la sola defensa del pan y del puesto de trabajo y, en esta lucha, es llevado por instinto, por encima de toda división en corrientes políticas por un lado y en categorías profesionales por otro, a moverse en el frente más vasto y con el máximo de unidad posible. El problema, para los partidos de la III Internacional, es planteado entonces, en las Tesis sobre el frente único proletario, en términos que parecen coincidir plenamente con aquellos que el P.C. de Italia había puesto en el centro de su batalla desde Liorna: agitación de un plan de táctica defensiva de todo el proletariado que, aun haciendo palanca sobre reivindicaciones y objetivos contingentes para extender y generalizar las luchas económicas según el mismo impulso elemental de las masas obreras, no se detuviera sin embargo en esta meta, sino que se preparara a injertar en ella un retorno contraofensivo sobre la única vía de la acción revolucionaria, siempre expuesta por los comunistas y sólo por ellos, y preparara al mismo conjuntamente a los militantes y a los trabajadores formados en la dura escuela de la batalla en defensa del pan. Retomando las palabras del Llamamiento de la Internacional Comunista a los proletarios de todo el mundo (1 de enero de 1922): "Nosotros os decimos, proletarios: si no osáis intentar la lucha definitiva, si no osáis intentar con las armas empuñadas la lucha por la dictadura; si no osáis intentar el gran asalto contra la ciudadela de la reacción, al menos reuníos para combatir en la lucha por la vida, la lucha por el pan, la lucha por la paz. Alistados para esta lucha en un frente de batalla, uníos como clase proletaria contra la clase de los explotadores y de los destructores del mundo"(8).

(8) De Il C.E. dell'Internazionale Comunista per il fronte unico proletario, Librería editora del Partido Comunista de Italia, Roma 1922, p.81.

En este sentido y en estos límites, el frente único proletario habría podido ser el que la Izquierda antes que nadie había proclamado y defendido vigorosamente en Italia. El frente único que proponíamos, a través de nuestra red sindical, a las grandes confederaciones obreras, abrigaba la certeza de que la situación era tal que los movimientos de conjunto de todo el proletariado, cuando éste se hubiera planteado problemas que concernieran no a una categoría o a una localidad sino a todas, no podían efectuarse más que en el sentido comunista, esto es, en el sentido que nosotros les habríamos dado si hubiera dependido de nosotros guiar a la clase entera. La certeza, pues, de que los proletarios en trados en lucha por objetivos y con métodos de acción no incompatibles en línea de principio con la afiliación a éste o aquel partido político de origen obrero (por tanto comunes también al asalariado socialdemócrata, anarquista, etc.) habrían llegado por la experiencia misma de la lucha, y bajo el estímulo de nuestra propaganda y de nuestro ejemplo, a la convicción de que incluso la defensa del pan cotidiano es posible sólo preparando y realizando la ofensiva en todos sus desarrollos revolucionarios, tal como nosotros los prefijamos. Pero las tesis de la Internacional; si insistían con vigor sobre este punto y reafirmaban la exclusión de cualquier retorno a la "unidad" organizativa después de las recientes escisiones, no se detenían allí. Retomando y avalando algunas iniciativas del partido alemán que se había desplazado ahora de uno a otro polo según la tendencia a la oscilación perpetua de la que ya se ha hablado - ellas proponían toda una serie de iniciativas que, desde el envío de las tan mentadas "cartas abiertas" a otros partidos, iban hasta acuerdos o alianzas aunque fueran temporales y por objetivos contingentes con ellos, y, de aquí, hasta el apoyo parlamentario a gobiernos socialdemócratas definidos como "obreros", de la misma manera que había acontecido ya en Turingia y en Sajonia, y como se recomendaba para la Suecia del archioportunista Brandler (9).

Es aquí donde comenzó el desacuerdo. Nuestro "frente único" quería decir acción común de todas las categorías, de todos los grupos locales y regionales de trabajadores, de todos los organismos sindicales nacionales del proletariado con vistas a una acción que, por su misma lógica y por el madurar de las situaciones, desembocaría un día en la lucha de

(9) Anticipándonos un poco, observemos que en las contemporáneas Tesis sobre la cuestión de las reparaciones se alude ya también a la posible participación comunista en un "gobierno obrero": "El problema de si los comunistas deban o no entrar en un gobierno obrero, no es de principio sino de oportunidad(!!!). La decisión de esto depende del grado de fuerza que la clase obrera posea en el momento en el cual asuma el gobierno, y respectivamente de las posibilidades que se ofrezcan de aumentar inmediatamente esta fuerza" (Idem, pág. 69). El otoño de 1923 arrojaba ya ante sí sus sombras.

toda la clase proletaria en una dirección comunista; esto no significaba, y no podía por esencia significar, confusión in forme de métodos políticos diversos, cancelación de los confines definitivamente trazados hacia el oportunismo, obliteración aunque sólo sea temporal de nuestro carácter específico de partido de permanente oposición con respecto al Estado y a los demás partidos políticos.

Es verdad que las tesis de la Internacional insistían sobre el mantenimiento de la absoluta independencia del partido, como premisa irrenunciable del frente único político: pero la "independencia" no es una categoría metafísica; es un hecho real, que se destruye no sólo en la hipótesis extrema de la constitución de los comités mixtos de acción o de alianzas parlamentarias (no digamos luego, como se exigirá a continuación, gubernativas), sino también en aquella más benévola del lanzamiento de propuestas de acción común que desde el inicio se sabe que serán seguramente rechazadas y precisamente por ser rechazadas, serían utilizables para desmascarar al adversario. Se la destruye también en este caso, porque se oscurece a los ojos de los proletarios la clara visión del abismo que existe, que nosotros hemos proclamado siempre que existe, y cuya existencia justifica precisamente nuestra existencia como partido, entre la vía de las reformas y la vía de la revolución, entre la democracia legalitaria y la dictadura del proletariado; en resumen, entre nosotros y todos los demás. Es vano y antimarxista decir: precisamente por que somos comunistas templados por una dura lucha y en posesión de un inmutable programa, semejantes manobras nos están permitidas en la segura conciencia de que saldremos de ellas tal cual habíamos entrado. No es necesariamente cierto para nosotros, que somos, sí, un factor de la historia, pero también un producto de la misma; que nos servimos, sí, con mano segura del instrumento táctico, pero estamos a la vez condicionados por éste, y condicionados en sentido negativo si lo utilizamos en dirección opuesta a nuestro objetivo final. Y es aún menos cierto para las masas que nos siguen, o comienzan a seguirnos, precisamente porque los indicamos un camino antitético al de los falsos "hermanos" y "primos", y que deben vernos siempre alistados sobre aquel camino y no sobre otros, aunque sean aparentemente "alternativos". No son las intenciones, sino los actos, los que nos conquistan las simpatías de capas proletarias aún no formalmente "nuestras"; y el acto con el cual ofrecemos la rama de olivo a partidos que siempre y públicamente hemos puesto en la picota para invitarlos a una acción que inevitablemente va más allá de los límites de la defensa de las condiciones de vida de los proletarios para abordar la cuestión del Estado y de nuestra posición frente a éste y a las formaciones que giran a su alrededor, es un acto que nos priva de la verdadera y no ilusoria autonomía en cuya creación nos habíamos ocupado tan fatigosamente, mientras que genera en el seno de nuestras filas y fuera de ellas confusiones y dislocaciones que harán más difícil el pasaje a la lucha antilegalitaria por la conquista del poder. En nuestra fórmula táctica, frente sindical del proletariado y oposición política incesante al gobierno y a todos los partidos legales son dos términos que no se excluyen entre sí: ¿podría decirse otro tan-

to - intenciones aparte - del frente único político?

Es verdad: en determinadas condiciones, el ascenso al poder de un partido llamado obrero (10) puede ser un útil coeficiente de nuestra lucha por la conquista de capas crecientes de la clase proletaria; no sin embargo en el sentido (de masiado evidente, como veremos, en algunos partidos e incluso, entre principios de 1922 y fines de 1923, también en sectores de la III Internacional) que pueda ofrecernos y represente como tal un escalón intermedio hacia la toma del poder, sino solamente en el sentido opuesto de que precisamente el ejercicio de la actividad gubernativa revelará a los ojos de los proletarios, aún ilusionados, la cara contrarrevolucionaria del reformismo gradualista y democrático. Y será un útil coeficiente para nosotros, y de orientación segura de las masas, a condición de que hayamos no sólo previsto sino denunciado con anticipación este desenlace fatal y, denunciándolo, hayamos obrado sin solución de continuidad para que la experiencia - si no hemos sabido o podido impedirlo - al menos no se consume, no sólo en perjuicio de la generosa clase obrera, sino también a costa de nuevos sacrificios de su sangre.

Es aquí donde se inserta el problema obstinadamente planteado por nosotros de los límites necesarios de la táctica. Estos límites no son fijados por nosotros: los ha fijado la historia, y nosotros no podemos borrarlos sin sacrificar la primera condición subjetiva de la victoria revolucionaria, por cercana o lejana que ésta sea: la continuidad del programa, de la acción práctica y de la organización, que es sólo la otra cara de la autonomía del partido. O se admite que, en la alineación de los partidos - incluso aquellos "obreros" - existen constantes históricas que permiten su segura previsión, o se derrumba el mismo marxismo. O se admite que nuestra fuerza de partidos comunistas está en esta previsión - no escondida, sino proclamada públicamente como nuestra característica inconfundible, como nuestra razón de ser -, o todo el edificio de la Internacional resurgida cae hecho añicos.

"Aquello que es indudablemente exacto al considerar la situación actual - escribía la Izquierda, aún en la dirección del partido, pocos días antes del Congreso de Roma y pocos días después de la clausura del segundo Ejecutivo Ampliado (que confirmó las tesis sobre el frente único proletario de diciembre de 1921)-, es que la gran masa está dispuesta a moverse por objetivos inmediatos, y no siente aquellos objetivos revolucionarios más lejanos de los cuales en

(10) Desde entonces relevamos el absurdo de llamar "obrero" a un gobierno socialdemócrata (¡¡¡ poco después se lo hará con el ministerio... Mac Donald!!!): "Un partido que se encierra voluntariamente en los límites de la legalidad o sea que no concibe otra acción política que aquella que se puede desarrollar sin el uso de violencia civil en las instituciones de la constitución democrática burguesa, no es un partido proletario, sino un partido burqués". (La táctica de la Internacional, en "Programme Communiste", no 51-52, p.115)

cambio el partido comunista es consciente. Es necesario utilizar para los fines revolucionarios aquella disposición de las masas, participando en el impulso que las lleva hacia los objetivos que les plantea la situación". Pero preguntábamos: "¿Es verdad esto fuera de todo límite? No. Cuando ponemos a nuestra táctica el límite de no perder jamás la actitud práctica del partido comunista de oposición al gobierno burqués y a los partidos legales, ¿hacemos nosotros teoría, o trabajamos correctamente sobre la experiencia?" (11). Un año antes habíamos dado ya respuesta anticipada a esta pregunta extrayéndola no ya de nuestra cabeza de obstinados "teóricos", sino del sangriento balance de la inmediata posguerra, a su vez inseparable del balance de la decadencia de la II Internacional frente al desencadenamiento del conflicto. Tal balance era internacional, no nacional; histórico, no contingente, así como era internacional e histórico el balance que Marx y Engels habían extraído del desarrollo de las luchas de clase en Alemania y en Francia en 1848-49, apoyando sobre éste un juicio definitivo sobre la actitud de la pequeña burguesía radical y de sus partidos en los grandes desarrollos de la guerra de clases. Y éste habría debido - gracias a nuestra infatigable acción crítica y práctica - ahorrar para siempre al proletariado occidental "la necesidad de comprender con sus propios ojos, de aprender a costa de su propia sangre, qué significa la tarea de la socialdemocracia en la historia". Esta tarea fatal y necesaria nosotros la conocemos, y tal conocimiento nos impide no sólo arrojar puentes organizativos y políticos, ni siquiera transitorios, hacia aquél en quien reconocemos el enemigo, sino de callar la severidad e irrevocabilidad de nuestro juicio frente a la eventualidad de su retorno al timón del Estado, bajo el impulso de masas proletarias aún ilusionadas o cegadas por el espejismo reformista, en la espera de que la desilusión les abra a éstas los ojos: "dicho intermedio, allí donde el proletariado no tendrá la fuerza de evitarlo, no representará (debemos estar seguros de ello y declararlo con anticipación) una condición necesaria para el advenimiento de las formas y de las instituciones revolucionarias, no será una útil preparación para éstas, sino que constituirá una desesperada tentativa burguesa para disminuir y desviar la fuerza de ataque del proletariado, y para batirlo despiadadamente bajo la reacción blanca, si es que le queda tanta energía de osar la revuelta contra el legítimo, el humanitario, el civil gobierno de la socialdemocracia" (12).

He aquí, pues, el límite! Es un límite práctico, y frente a éste nosotros no podemos permanecer agnósticos como si la historia podiera deshacer aquello que ha hecho, y sentir a una misteriosa capacidad de maniobra nuestra, de re

(11) La tarea de nuestro partido en "El Comunista" del 21 de marzo de 1922..

(12) La función de la socialdemocracia, en "El Comunista" del 6 de febrero de 1921.

finado manejo de instrumentos neutros que nuestra mano pueda blandir sin ser deformada por ellos, de volver a tejer la trama destruida de las acciones comunes, de los comités mixtos, de la "benévola neutralidad" o directamente del apoyo a soluciones gubernativas supuestas como "paso adelante" hacia la necesaria revolución y su corolario, la dictadura del proletariado. La Izquierda era bien consciente de que, tras el escudo del "frente único político", habrían vuelto a levantar cabeza (sobre todo en Occidente, en virtud del proceso demasiado acelerado y sumario de delimitación programática y organizativa de los jóvenes partidos comunistas, en un área de antigua y pestífera tradición democrática) las sugerencias de los caminos intermedios, de los retrocesos, de las unidades remendadas de la mejor manera; en resumen, la nostalgia de soluciones menos crudamente quirúrgicas que aquellas que la realidad había impuesto a los bolcheviques y que el holocausto de 1918-19 hacía aún más imperativas en la Europa de capitalismo avanzado. Detrás de aquella consigna, en el mismo partido que en Italia, durante todo el curso ardiente de 1921, se había movido como un solo cuerpo en una lucha fiera e incesante contra la ofensiva capitalista, volvía a florecer aquí y allá el pesar por una escisión "demasiado a la izquierda", por el rechazo de estrechar alianzas orgánicas con los "Arditi del Popolo" (13), por la tenaz oposición a la recuperación - o mejor dicho, a la abstracta esperanza de recuperación - del serratismo; y mucho peor sucedía en Alemania. Que, en el pensamiento de los promotores del frente único, estuviera presente la inderogable necesidad de conservar en el móvil juego de estas maniobras tácticas la autonomía absoluta del partido, lo sabíamos bien (¿de cuántas advertencias contra los peligros de la elasticidad están circundadas las mismas tesis de diciembre de 1921 del Ejecutivo de Moscú!). Pero el punto era otro, y, en el artículo del 21 de marzo de 1922 (así como en las Tesis de Roma), la Izquierda lo aclaraba sin posibilidad de equívocos: para nosotros la existencia independiente del partido comunista es aún una fórmula vaga, si no se precisa el valor de aquella independencia en base a las razones que nos han impuesto construirla a través de la escisión, y que la identifican con la conciencia programática y la disciplina organizativa del grupo. El contenido y la dirección programática del partido, que en su militancia, y en aquella más amplia que encuadra sindicalmente y en otros campos, no es una máquina bruta, sino precisamente al mismo tiempo un producto y un factor del proceso histórico, pueden ser influenciados desfavorablemente por actitudes erróneas de la táctica. Conclusión práctica: "En ningún caso deberá declarar el partido haber hecho propios postulados y vías de acción política que valoren la preparación de desenvolvimientos contrastantes con su contenido programático... ni aceptar la corresponsabilidad de acciones que mañana puedan ser dirigidas por otros elementos políti-

(13) Organización militar de inspiración antifascista banal y pretendidamente "por encima de los partidos" (ver a este respecto, "Programme Communiste", nº 46, pág.51).

cos prevalecientes en una coalición cuya disciplina se haya previamente aceptado (sin la cual no habría ni siquiera una coalición). Además, ante el problema del gobierno socialdemócrata, la actitud de mostrar que éste no puede contener una solución de los problemas proletarios es necesaria incluso antes de que éste se constituya para evitar que el proletariado esté totalmente unido al fracaso de tal experiencia. Que esto no retarde el real desarrollo que conduce a esta experiencia está dicho también en nuestras tesis, y es curioso como lo admite, contradiciéndose netamente, uno de sus críticos, cuando afirma que este desarrollo es acelerado por la presión revolucionaria de las masas. El partido comunista, en sus actitudes, en su obra, y en su lucha, no hace más que transformarse en el protagonista de esta presión de la parte más revolucionaria de las masas, rechazando alistarse en las fuerzas que invocan al gobierno socialdemócrata. He aquí cómo la antítesis a la socialdemocracia se vuelve no sólo teórica sino también práctica, contradiciendo la dialéctica de algunos camaradas para quienes la misma debería corresponder a la variabilidad de posturas. Justamente la dialéctica bien entendida explica cómo la oposición comunista a la experiencia socialdemócrata, antes y después, es un coeficiente de la precipitación de los desarrollos entre los cuales aquella experiencia está comprendida".

Y concluía con palabras que hoy pueden parecer proféticas: "Son límites tácticos que no traza la teoría, sino la realidad, y esto es tan verdadero que, sin ser pájaros de mal agüero, nosotros prevemos que si se continúa exagerando en este método de ilimitadas oscilaciones tácticas y de las coincidencias entre partes políticas opuestas, se demolerá poco a poco el resultado de sangrientas experiencias de la lucha de clase, para llegar, no a éxitos geniales, sino a la extinción de las energías revolucionarias del proletariado, corriendo el riesgo de que una vez más el oportunismo celebre sus saturnales sobre la derrota de la revolución, cuyas fuerzas él ya pinta como inciertas y vacilantes, y encaminadas sobre la vía de Damasco" (14).

Precisamente esto sucederá, por desgracia, como ulterior confirmación de que el medio condiciona desastrosamente el fin, si no está forjado por éste y en relación a éste.

Presentando sus Tesis sobre la Táctica, la Izquierda (y a través de ella la generalidad del partido) mostró valorar con segura conciencia todos los factores puestos en evidencia por la historia viva de las luchas de clase, y trazar en función de éstos una vía nítida y precisa que, contra toda la insensata pretensión póstuma de los papagayos que repiten tontamente las críticas polémicas de entonces, no ignora en absoluto las perspectivas cambiantes de la lucha revolucionaria. Al contrario, las prevé, y examina sus efectos so-

(14) "La tarea de nuestro partido", en "Il Comunista" del 21 de marzo de 1922.

bre la acción del partido (preocupándose más aún de aquellos que son inevitables en los períodos de retroceso, que de aquellos dados por descontado en los períodos de alta marea), pero los liga todos al objetivo final, que no es sólo el norte de nuestros "pensamientos" o constituye el término de nuestra larga batalla, sino que impregna también el hoy menos rico de promesas, y hace del mismo un eslabón inseparable de la cadena que enlaza el pasado al futuro, las luchas contingentes a la batalla final, jamás tomando el reflujó como pretexto para arrojar al mar, como embarazoso lastre, las condiciones, de un mañana mejor.

El haber sacrificado el ancla de la integridad del programa, de la continuidad de la acción, y de la solidez del nexó organizativo que es su fruto, querrá decir la ruina de la Internacional en los abismos del "socialismo en un sólo país" y de la contrarrevolución staliniana. El haberla mantenido firme significará haber salvaguardado un hilo, aun que fuere fino, al cual empalmar el fatigoso, penoso pero seguro ascenso futuro! (15).

(15) Hemos insistido sobre el enlace de las Tesis de Roma, en todos sus aspectos, con las dramáticas vicisitudes de la Internacional y de todo el movimiento comunista, para subrayar cómo éstas han nacido al calor de las luchas reales y de choques incluso físicos del proletariado, y no de las geniales elucubraciones de "cerebros". Naturaleza orgánica del Partido, relaciones con la clase, relaciones con otros partidos políticos: estos eran los problemas ardientes de una época gloriosa a pesar de sus sombras. Omitimos la parte "italiana", que encontrará su sitio natural en los próximos volúmenes de la Historia de la Izquierda, para poner aún más en relieve el aspecto y la finalidad internacional de las Tesis, de las que aquella no era más que un corolario, o, si se prefiere, la aplicación, en relación con el análisis de las relaciones de fuerza en un país específico, al igual que las tesis sobre la cuestión agraria y sobre el movimiento sindical.

Tesis sobre la táctica del Partido Comunista de Italia (Tesis de Roma - 1922) (*)

Las tesis siguientes tienen por objeto el problema general de los modos y criterios que deben regir el desarrollo de la acción del partido comunista para la realización de su programa y el logro de sus metas, como también el problema del método con el cual el partido determina la naturaleza y la dirección de sus movimientos y de sus iniciativas. Los aspectos particulares de este problema relacionados con ciertas esferas de la actividad del partido (cuestión parlamentaria, sindical, agraria, nacional y colonial, etc.) no están considerados aquí en particular, siendo objeto de otras discusiones y resoluciones de los congresos internacionales y nacionales.

Las tesis siguientes tienen como punto de partida el programa adoptado por el Partido Comunista de Italia en Liorna, en cuanto expresión y resultado de la doctrina y del método crítico (1) propios de la Internacional Comunista y del partido, y que reproducimos aquí :

(*) De "Rassegna Comunista", año II n^o 17 del 30 de Enero de 1922. Los oradores fueron - como es notorio - Amadeo Bordiga y U. Terracini.

(1) Con el propósito se conservar la homogeneidad terminológica de las Tesis, la palabra italiana "crítica"- que significa literalmente "el arte y el método de análisis y de juicio en función de la exactitud, validez y utilidad" de lo examinado- ha sido traducida aquí por "crítica", aunque en castellano este término no expresa exactamente el sentido mencionado. En ciertos pasajes de las Tesis, podría haber sido traducida por "dialéctica", pero en otras no.

"El Partido Comunista de Italia (Sección de la Internacional Comunista) está constituido sobre la base de los siguientes principios :

"1.-En el actual régimen social capitalista se desarrolla una contradicción siempre creciente entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción, dando lugar a la lucha de clases entre el proletariado y la burguesía dominante.

"2.-Las actuales relaciones de producción están protegidas y defendidas por el poder del Estado burgués que, fundado sobre el sistema de la democracia, constituye el órgano para la defensa de los intereses de la clase capitalista.

"3.-El proletariado no puede romper ni modificar el sistema de las relaciones capitalistas de producción del que deriva su explotación, sin la destrucción violenta del poder burgués.

"4.-El órgano indispensable de la lucha revolucionaria del proletariado es el partido político de clase.

El partido comunista, reuniendo en su seno la parte más avanzada y consciente del proletariado, unifica los esfuerzos de las masas trabajadoras, dirigiéndolos de las luchas por intereses de grupos y por resultados contingentes a la lucha por la emancipación revolucionaria del proletariado.

El Partido tiene la tarea de difundir en las masas la conciencia revolucionaria, de organizar los medios materiales de acción y de dirigir, en el desarrollo de la lucha, al proletariado.

"5.-La guerra mundial, causada por las íntimas e incurables contradicciones del sistema capitalista, que originaron el imperialismo moderno, ha abierto la crisis de disgregación del capitalismo en la cual la lucha de clase no puede más que resolverse en conflicto armado entre las masas trabajadoras y el poder de los Estados burgueses.

"6.-Después del derrocamiento del poder burgués, el proletariado no puede organizarse en clase dominante más que con la destrucción del aparato del Estado burgués y con la instauración de la propia dictadura, esto es, basando la representación del Estado sobre la clase productora y excluyendo de todo derecho político a la clase burguesa.

"7.-La forma de representación política en el Estado proletario es el sistema de los Consejos de los trabajadores (obreros y campesinos), ya existentes en la Revolución rusa, inicio de la Revolución proletaria mundial y primera realización estable de la dictadura proletaria.

"8.-La necesaria defensa del Estado proletario contra todas las tentativas contrarrevolucionarias sólo puede ser asegurada privando a la burguesía y a los partidos hostiles a la dictadura proletaria de todo medio de agitación y de propaganda política, y con la organización armada del proletariado para rechazar los ataques internos y externos.

"9.-Sólo el Estado proletario podrá aplicar sistemáti

camente todas las sucesivas medidas de intervención en las relaciones de la economía social con las cuales se efectuará la substitución del sistema capitalista por la gestión colectiva de la producción y de la distribución.

"10.-Como resultado de este transformación económica y de las consiguientes transformaciones de todas las actividades de la vida social, eliminada la división de la sociedad en clases, irá incluso eliminándose la necesidad del Estado político, cuyo engranaje se reducirá progresivamente al de la administración racional de las actividades humanas."

I

NATURALEZA ORGANICA DEL PARTIDO COMUNISTA

1. - El Partido Comunista, que es el partido político de la clase proletaria, se presenta en su acción como una colectividad operante con una dirección unitaria. Los estímulos iniciales que conducen a los elementos y grupos de esta colectividad a encuadrarse en un organismo de acción unitaria son los intereses inmediatos que las condiciones económicas suscitan en grupos de la clase trabajadora. Una característica esencial de la función del partido comunista es el empleo de las energías así encuadradas para el logro de objetivos que, al ser comunes a toda la clase trabajadora y al estar situados al término de toda la serie de luchas, superan - integrándolos - los intereses de los grupos particulares y las reivindicaciones inmediatas y contingentes que la clase trabajadora pueda plantearse.

2. - La integración de todos los impulsos elementales en una acción unitaria se manifiesta a través de dos factores principales : uno de los cuales es de conciencia crítica del cual el partido extrae su programa; el otro de voluntad, que se expresa en la organización disciplinada y centralizada del partido, que es el instrumento de su acción. Sería erróneo considerar a estos dos factores, de conciencia y de voluntad como facultades que puedan obtenerse o deban exigirse de cada individuo, ya que sólo se realizan por medio de la integración de la actividad de muchos individuos en un organismo colectivo unitario.

3. - A la precisa definición de la conciencia teórico-crítica del movimiento comunista, contenidas en las declaraciones programáticas de los partidos y de la Internacional Comunista, como a la organización de los primeros y de la segunda, se ha llegado y se llega a través del examen y del estudio de la historia de la sociedad humana, y de su estructura en la presente época capitalista, desarrollados con los datos, las experiencias de la lucha prolétera real, y en la

activa participación en la misma.

4. - La proclamación de estas declaraciones programáticas, como también la designación de los hombres a los cuales se les confían los diferentes puestos de la organización del partido, resultan formalmente de una consulta democrática de congresos representativos del partido, pero en realidad deben ser vistas como un resultado del proceso real que, al acumular los elementos de la experiencia y al realizar la preparación y la selección de los dirigentes, da forma al contenido programático y a la constitución jerárquica del partido.

II

PROCESO DEL DESARROLLO DEL PARTIDO COMUNISTA

5. - La organización del partido proletario se forma y se desarrolla en la medida en que existe - por la madurez de la evolución de la situación social - la posibilidad de una conciencia y de una acción colectiva unitaria en el sentido del interés general y último de la clase obrera. Por otra parte, el proletariado aparece y actúa en la historia como clase cuando toma forma precisamente la tendencia a dar se un programa y un método común de acción, y a organizar por lo tanto un partido.

6. - El proceso de formación y de desarrollo del partido proletario no presenta una marcha continua y regular; en los planos nacional e internacional, es susceptible de atravesar fases muy complejas y períodos de crisis general. Muchas veces se ha verificado un proceso de degeneración, por el cual la acción de los partidos proletarios ha perdido o se ha ido alejando - en vez de acercarse - de aquel carácter indispensable que es la actividad unitaria inspirada en las máximas finalidades revolucionarias; en esos casos, dicha actividad se ha ido fraccionando al dedicarse a satisfacer intereses de grupos obreros limitados o al logro de resultados contingentes (reformas), a costa de adoptar métodos que comprometían el trabajo por las finalidades revolucionarias y la preparación del proletariado para éstas. Por este camino, los partidos proletarios han llegados a menudo a abrir las filas de su organización a grupos de elementos que no podían aún situarse sobre el terreno de la acción colectiva unitaria y maximalista. Este hecho siempre se acompañó con una revisión deformadora de la doctrina y del programa, y con un relajamiento de la disciplina interna, de manera que en vez de tenerse un estado mayor de jefes aptos y decididos para la lucha se entregó el movimiento proletario en manos de agentes encubiertos de la burguesía.

7. - En una tal situación, el retorno a la organiza-

ción del verdadero partido de clase, bajo la influencia de nuevas situaciones y de los acontecimientos que incitan a la clase obrera a la acción, se efectúa bajo la forma de una escisión de una parte del partido, que a través de la controversia sobre el programa, de la crítica de las experiencias desfavorables de la lucha, y de la formación en el seno del partido de una escuela y de una organización con su jerarquía propia (fracción), reconstituye la continuidad de vida de un organismo unitario fundada en la posesión de una conciencia y de una disciplina, de la que surge el nuevo partido. En general, éste es el proceso que ha conducido desde la bancarrota de los partidos de la Segunda Internacional al surgimiento de la Tercera Internacional Comunista.

8. - Por la comodidad del análisis, el desarrollo del partido comunista después del desenlace de una crisis semejará, y a reserva de posibles fases críticas posteriores producidas por nuevas situaciones, puede ser definido como "normal". Presentando la máxima continuidad en la defensa del programa y en la vida de la jerarquía dirigente (por encima de las sus tituciones personales de jefes infieles o desgastados), el partido desarrolla también el máximo de trabajo eficaz y útil para ganar al proletariado para la causa de la lucha revolucionaria. No se trata aquí simplemente de producir un efecto de carácter didáctico sobre las masas, y mucho menos de la veleidad de exhibir un partido intrínsecamente puro y perfecto, sino de obtener precisamente el máximo rendimiento en el proceso real por el cual (como se verá más adelante) se efectúa el desplazamiento de la acción de un número cada vez mayor de trabajadores del terreno de los intereses parciales e inmediatos al terreno orgánico y unitario de la lucha por la revolución comunista, por medio del trabajo sistemático de propaganda, de proselitismo y sobre todo de activa participación en las luchas sociales. Sólo cuando existe una continuidad semejante es no solamente posible vencer las vacilantes desconfianzas del proletariado hacia el partido, sino también encauzar y encuadrar rápida y eficazmente las nuevas energías adquiridas en el terreno del pensamiento como de la acción comunes, creando esa unidad de movimiento que es una condición indispensable de la revolución.

9. - Por las mismas razones, debe ser considerado como un procedimiento completamente anormal el de incorporar al partido otros partidos o desprendimientos de partidos. El grupo que se había distinguido hasta un determinado momento por una posición programática diferente y por una organización independiente, no aporta un conjunto de elementos útilmente asimilables en bloque, sino que viene a alterar la solidez de la posición política y de la estructura interna del viejo partido, de modo que el aumento de efectivos numéricos está lejos de corresponder a un aumento de la fuerza y de la potencialidad del partido, y podría alguna vez paralizar su labor de encuadramiento de las masas en lugar de facilitarlas.

Es deseable que se afirme con la mayor rapidez que la derogación de los dos principios organizativos fundamentales es inadmisibles en el seno de la organización comunista mundial: no puede existir en cada país más que un único partido comunista, y no se puede adherir a la Internacional Comunista más que por la vía de la admisión individual en el

partido comunista del país dado.

III

RELACIONES. ENTRE EL PARTIDO COMUNISTA Y LA CLASE OBRERA

10. - La delimitación y definición de los caracteres del partido de clase, que son la base de su estructura constitutiva en cuanto órgano del sector más avanzado de la clase proletaria, no sólo no impiden sino que exigen que el partido deba estar estrechamente relacionado con el resto del proletariado.

11. - La naturaleza de estas relaciones resulta del modo dialéctico de considerar la formación de la conciencia de clase y de la organización unitaria del partido de clase. Este conduce a una vanguardia del proletariado del terreno de los movimientos espontáneos parciales, suscitados por los intereses de grupos, al terreno de la acción proletaria general; pero no lo logra negando aquellos movimientos elementales, si no integrándolos y superándolos a través de la experiencia viva, incitando a su realización, tomando parte activa en ellos, siguiendo atentamente todo su desarrollo.

12. - La obra de propaganda ideológica y de proselitismo para su milicia, que el partido realiza constantemente, es inseparable pues de la acción real y de todo el desarrollo del movimiento proletario. Es un error banal el considerar contradictoria la participación en luchas por resultados contingentes y limitados con la preparación de la lucha revolucionaria final y general. La existencia misma del organismo unitario del partido, con las indispensables condiciones de claridad programática y de sólida disciplina organizativa, da la garantía de que jamás se atribuirá a las reivindicaciones parciales el valor de fin en sí mismas, y se considerará la lucha para lograrlas sólo como un medio para adquirir experiencias y entrenamiento para la útil y eficaz preparación revolucionaria.

13. - El partido comunista participa pues en la vida organizativa de todas las formas de organización económica del proletariado que están abiertas a los trabajadores de toda fe política (sindicatos, consejos de fábrica, cooperativas, etc.). Una posición fundamental para el útil desarrollo de la obra del partido es la de sostener que todos los órganos de tal naturaleza deben ser unitarios, es decir, comprender a todos los trabajadores que se encuentran en una situación económica específica. El partido organiza a sus miembros que forman parte de ellos en grupos o células ligadas a su propia organización; es por su intermedio que el partido participa en la vida de estos organismos. Participando en primera línea en las acciones de los órganos económicos de los que forman parte, estos grupos atraen hacia sí, y por lo tanto hacia las filas del partido, a los elementos que en el desarrollo de la acción han madurado para ello. Ellos tienden a conquistar en

acción han madurado para ello. Ello tienden a conquistar en sus organizaciones el respaldo de la mayoría y los cargos electivos, convirtiéndose así en la correa de transmisión natural de las consignas del partido. De esta forma se realiza todo un trabajo que es de conquista y de organización, que no se limita al trabajo de propaganda y de proselitismo y de campañas electorales internas en las asambleas proletarias, sino que se desarrolla sobre todo al calor de la lucha y de la acción, ayudando a los trabajadores a extraer las experiencias más útiles.

14. - Todo el trabajo y el encuadramiento de los grupos comunistas tiende a dar al partido el control definitivo de los órganos dirigentes de los organismos económicos, y en primer lugar el de las centrales sindicales nacionales que se revelan como el instrumento más seguro de dirección de los movimientos del proletariado que no está encuadrado en las filas del partido. Considerando que su máximo interés está en evitar las escisiones de los sindicatos y de los otros órganos económicos, mientras su dirección esté en manos de otros partidos y corrientes políticas, el partido comunista no estabecerá que en la ejecución de los movimientos dirigidos por tales organismos sus militantes se comporten en oposición a las disposiciones de estos en lo que se refiere a la acción, realizando no obstante la crítica más abierta de la acción misma y de la obra de los dirigentes.

15. - Además de participar de esta manera en la vida de los organismos proletarios que surgen naturalmente por la presión de reales intereses económicos, y además de favorecer su extensión y fortalecimiento, el partido se esforzará para que su propaganda ponga en evidencia los problemas de real interés para los obreros que pueden dar lugar - en el desarrollo de las situaciones sociales - a nuevos organismos de lucha económica. Con todos estos medios, el partido amplía y refuerza la influencia que por miles de lazos se extiende desde sus filas organizadas a todo el proletariado, aprovechando para ello todas sus manifestaciones y posibilidades de manifestaciones en la actividad social.

16. - Sería totalmente errónea la concepción que funda se el organismo partido en la exigencia de una perfecta conciencia crítica y de un completo espíritu de sacrificio en cada uno de sus adherentes considerados individualmente, y que limitase las capas de la masa ligadas al partido a uniones revolucionarias de trabajadores, uniones que estarían formadas en el campo económico con un criterio escisionista, y que incluyesen únicamente a los proletarios que aceptan determinados métodos de acción. Por otra parte, no se puede exigir que a plazo fijo, o en la víspera del inicio de acciones generales, el partido haya llenado el requisito de encuadrar bajo su dirección, o simplemente en sus propias filas, a la mayoría del proletariado. Semejante exigencia no puede ser presentada a priori prescindiendo del real desenvolvimiento dialéctico del proceso de desarrollo del partido, y no tiene ningún sentido - ni siquiera teórico - confrontar el número de proletarios encuadrados en la organización disciplinada y unitaria del partido (o bajo su influencia) con el número de proletarios desorganizados y dispersos, o que están a la zaga de organismos corporativos incapaces de cohesión orgánica.

A continuación, se tiende a definir cuáles son y cómo pueden establecerse las condiciones que deben regir las relaciones del partido con la clase obrera, para hacer posibles y eficaces determinadas acciones.

IV

RELACIONES DEL PARTIDO COMUNISTA
CON OTROS MOVIMIENTOS POLITICOS PROLETARIOS

17. - Por estar organizada en otros partidos políticos, o bien por simpatizar con estos, una parte del proletariado es especialmente reacia a encuadrarse en las filas y en torno al partido comunista. Todos los partidos burgueses tienen adherentes proletarios, pero aquí nos interesan sobre todo los partidos socialdemócratas y las corrientes sindicalistas y anarquistas.

18. - Debe desarrollarse una crítica incesante de los programas de estos movimientos, demostrando su insuficiencia para la emancipación proletaria. Esta polémica teórica será tanto más eficaz cuanto más pueda demostrar el partido comunista que las críticas a tales movimientos hechas desde hace tiempo por él, y desarrolladas según sus propias concepciones programáticas, son confirmadas por la experiencia proletaria. Por esta razón, en dichas polémicas no se debe enmascarar la divergencia de métodos, no sólo respecto a los problemas del momento, sino también a los desarrollos ulteriores de la acción del proletariado.

19. - Por otra parte, esas polémicas deben reflejarse en el campo de la acción. Participando en las luchas de los organismos económicos proletarios dirigidos por los socialistas, sindicalistas o anarquistas, los comunistas no se negarán a acompañar la acción de los mismos, salvo en el caso en que el conjunto de la masa se rebele espontáneamente; pero demostrarán cómo, en un momento dado de su desarrollo, esta acción se vuelve impotente o utópica a causa del método erróneo de los dirigentes, mientras que con el método comunista se habrían conseguido mejores y más útiles resultados para los fines del movimiento general revolucionario. En la polémica, los comunistas distinguirán siempre entre los jefes y las masas, atribuyendo a los primeros la responsabilidad de los errores y de las culpas, y no dejarán de denunciar con igual vigor la obra de aquellos dirigentes que, aunque puedan tener un sincero sentimiento revolucionario, propugnan una táctica peligrosa y errónea.

20. - Un objetivo esencial del partido comunista es el de ganar terreno en el seno del proletariado, incrementando sus efectivos y su influencia en detrimento de los partidos y corrientes políticas proletarias disidentes. Este objetivo debe ser alcanzado con su participación en la lucha pro

letaria real, sobre un terreno que puede ser simultáneamente de acción común y de recíproca oposición, a condición de no comprometer jamás la fisonomía programática y organizativa del partido.

21. - Para atraer a los proletarios que pertenecen a otros movimientos políticos, el partido comunista no puede emplear el método de constituir en el seno de ellos grupos y fracciones organizadas de comunistas o de simpatizantes comunistas. En los sindicatos, como es lógico, este método se aplica para realizar un trabajo de penetración, sin el propósito de hacer salir de los sindicatos a los grupos comunistas que están allí organizados; pero aplicado a los movimientos políticos, semejante método comprometería la unidad orgánica del partido, por las razones ya mencionadas a propósito del desarrollo de su organización.

22. - En la propaganda y en la polémica, será oportuno tener en cuenta que en las filas sindicalistas y anarquistas militan muchos trabajadores que estaban maduros para la concepción de la lucha unitaria revolucionaria, y que han sido desviados sólo como reacción a las pasadas degeneraciones de los partidos políticos guiados por los socialdemócratas. La aspereza de la polémica y de la lucha contra los partidos socialistas será un elemento esencial para reincorporar a aquellos trabajadores en el terreno revolucionario.

23. - La evidente incompatibilidad que existe entre pertenecer al partido comunista y adherir simultáneamente a otro partido político se extiende además a aquellos organismos que, aunque no tengan nombre y organización de partido, poseen también carácter político, y aun a todas las asociaciones que hacen de la aceptación de tesis políticas dadas la base para la adhesión de sus miembros, como es en especial el caso de la masonería.

V

ELEMENTOS DE LA TACTICA DEL PARTIDO COMUNISTA EXTRAIDOS DEL EXAMEN DE LAS SITUACIONES

24. - Con los puntos precedentes se han establecido los criterios generales que regulan, en función de la naturaleza misma del partido comunista, sus relaciones organizativas con otros organismos del proletariado. Antes de abordar los términos propiamente tácticos de la cuestión, es necesario detenerse en el análisis de los elementos resolutivos de cada problema táctico, y que están dados por el examen de la situación momentánea que se atraviesa. El programa del partido comunista contiene una perspectiva de acciones sucesivas relacionadas con sucesivas situaciones, según el proceso de desarrollo que generalmente se les atribuye. Existe pues una estrecha conexión entre las directivas programáticas y las

reglas tácticas. Por consiguiente, el estudio de la situación aparece como un elemento complementario para la resolución de los problemas tácticos, dado que el partido había previsto ya en su conciencia y experiencia crítica un cierto desenvolvimiento de las situaciones y, por tanto, ya había delimitado las posibilidades tácticas correspondientes a la acción a desarrollar en las distintas fases. El examen de la situación permitirá controlar la exactitud del planteo programático del partido; el día en que este examen impusiese una revisión sustancial, el problema sería mucho más grave que los que pueden resolverse gracias a una simple conversión táctica, y la inevitable rectificación de la visión programática no podría dejar de tener consecuencias serias sobre la organización y la fuerza del partido. Este debe esforzarse pues por prever el desenvolvimiento de las situaciones para desarrollar en ellas ese grado de influencia que le es posible ejercer; pero el esperar las situaciones para dejarse indicar e inspirar eclécticamente y sin continuidad por éstas, es un método característico del oportunismo socialdemócrata. Los partidos comunistas suscribirían la ruina de la construcción ideológica y militante del comunismo si se viesen obligados a adaptarse a él.

25. - El partido comunista llega a poseer su carácter tendiente a la realización de todo un proceso previsto en su programa agrupando en sus filas a aquella parte del proletariado que, al organizarse, ha superado la tendencia a moverse únicamente por los impulsos inmediatos determinados por situaciones económicas de categoría. Los movimientos de conjunto del partido dejan de estar inmediatamente determinados por la situación para pasar a depender de ésta en forma racional y voluntaria, pues la conciencia crítica y la iniciativa volitiva, que tiene un valor muy limitado en los individuos, son realizadas en la colectividad orgánica del partido; tanto más cuanto que el partido comunista se presenta como precursor de esas formas de asociación humana que, al haber superado la informe organización económica presente, adquieren la facultad de dirigir racionalmente (en lugar de soporizar pasivamente) el juego y las leyes de los hechos económicos.

26. - Sin embargo, el partido no puede emplear su voluntad e iniciativa en una dirección caprichosa y en una medida arbitraria. Los límites dentro de los cuales debe y puede fijar la una y la otra le son impuestos precisamente por sus directivas programáticas, como también por la posibilidad y oportunidad de acciones que se deduzcan del examen de las situaciones contingentes.

27. - Del examen de la situación se debe extraer un juicio sobre las fuerzas del partido y sobre la relación entre éstas y las de los movimientos adversarios. Sobre todo, es necesario preocuparse por juzgar la extensión de la capa del proletariado que seguiría al partido si éste emprendiese una acción y trabase una lucha. Se trata de formarse una noción exacta de las influencias y de los impulsos espontáneos que la situación económica determina en el seno de las masas, de la posibilidad de desarrollo de estos impulsos como resultado de las iniciativas del partido comunista y de la

actitud de los otros partidos. Las influencias de la situación económica sobre la combatividad de clase del proletariado son muy complejas, según estemos en presencia de un período de creciente florecimiento de la economía burguesa o de un período de crisis y de recrudescimiento de sus consecuencias. El efecto que estas fases ejercen sobre la vida organizativa y sobre la actividad de los organismos proletarios es complejo y no puede ser examinado tomando solamente en consideración la situación económica en un momento dado, para deducir entonces el grado de combatividad del proletariado, ya que se debe tener en cuenta la influencia ejercida por todo el desarrollo de las situaciones precedentes, con sus oscilaciones y variaciones. Por ejemplo un período de florecimiento puede dar lugar a un potente movimiento sindical, que en una crisis sucesiva de empobrecimiento puede ser rápidamente llevado sobre posiciones revolucionarias, conservando a favor del éxito revolucionario la extensión de su encuadramiento de masas. O bien, un período de empobrecimiento progresivo puede dispersar de tal modo al movimiento sindical que en el período sucesivo de florecimiento éste se encuentre incapaz de ofrecer materia suficiente para un encuadramiento revolucionario. Estos ejemplos, que podrían ser invertidos, sirven para probar que "las curvas de la situación económica y de la combatividad de clase son determinados por leyes complejas; la segunda depende de la primera, pero no se asemejan en la forma". En determinados casos, al ascenso (o descenso) de la primera puede corresponder indistintamente el ascenso o el descenso de la segunda.

28. - Los elementos integrantes de esta investigación son muy variados. Ellos consisten en el examen de las tendencias efectivas a la constitución y al desarrollo de las organizaciones del proletariado, y en el análisis de las reacciones - incluso psicológicas - que producen en él las condiciones económicas, como también las mismas actitudes e iniciativas sociales y políticas de la clase dominante y de sus partidos. En el campo político, el examen de la situación ha de completarse con el análisis de las posiciones y fuerzas de las distintas clases y partidos respecto al poder del Estado. En este aspecto, se pueden clasificar en fases fundamentales las situaciones en las cuales el partido comunista puede tener que actuar, y cuya sucesión normal lo lleva a reforzar sus efectivos y - al mismo tiempo - a precisar cada vez más los límites de su táctica. Estas fases pueden ser indicadas así : poder feudal absolutista - poder burgués democrático - gobierno socialdemócrata - interregno de guerra social en que se vuelven inestables las bases del Estado - poder proletario en la dictadura de los consejos. En cierto sentido, el problema de la táctica no consiste solamente en elegir la buena vía para una acción eficaz, sino también en evitar que la acción del partido rebase sus límites adecuados, replegándose en métodos que corresponden a situaciones superadas, lo que provocaría como consecuencia la detención del proceso de desarrollo del partido y un repliegue en la preparación revolucionaria. Las consideraciones que siguen se referirán sobre todo a la acción del partido en la segunda y tercera de las fases políticas mencionadas.

29. - La posesion por parte del partido comunista de un método crítico y de una conciencia, que conducen a la formulación de su programa, es una condición de su vida orgánica. Por ello, el partido y la Internacional Comunista no puede limitarse a establecer la máxima libertad y elasticidad de táctica, confiando al juicio de los centros dirigentes - previo examen de las situaciones - la ejecución de la misma. El programa del partido no tiene el caracter de un simple fin a ser alcanzado por cualquier vía, sino el de una perspectiva histórica de vías y fines ligados entre sí. En las situaciones sucesivas, la táctica debe estar en relación con el programa; por ello mismo, las normas tácticas generales para las sucesivas situaciones deben estar precisadas dentro de ciertos límites que no son rígidos, pero que son cada vez más precisos y menos oscilantes a medida que el movimiento se refuerza y se aproxima a su victoria general. Para dirigir la acción, sólo dicho criterio puede permitir aproximarse cada vez más a la máxima centralización efectiva en los partidos y en la Internacional, de modo que la ejecución de las disposiciones centrales sea aceptada sin resistencias, no sólo en el seno de los partidos comunistas sino también en el movimiento de las masas que ellos han llegado a encuadrar. No debe olvidarse que la aceptación de la disciplina orgánica del movimiento está basada en la iniciativa de individuos y grupos (la que depende de las influencias de la situación y de sus desarrollos) y en un progreso continuo y lógico de experiencias y de rectificaciones del camino a seguir para conducir la lucha más eficaz contra las condiciones de vida impuestas al proletariado por el actual orden social. Por consiguiente, el partido y la Internacional deben exponer sistemáticamente el conjunto de las normas tácticas generales, para la aplicación de las cuales podrán llamar a la acción y al sacrificio a las formaciones de sus adherentes y a las capas del proletariado que lo entornan, demostrando cómo tales normas y perspectivas de acción constituyen la vía inevitable para alcanzar la victoria. Es pues una necesidad práctica y organizativa la que conduce a establecer los términos y los límites de la táctica del partido, y no el deseo de teorizar y esquematizar la complejidad de los movimientos que el partido podrá ser llamado a emprender. Es precisamente por estas razones muy concretas que el partido debe adoptar decisiones que parecen restringir sus posibilidades de acción, pero que son las únicas que garantizan la unidad orgánica de su obra en la lucha proletaria.

VI

ACCION TACTICA "INDIRECTA" DEL PARTIDO COMUNISTA

30. - Pueden faltar las condiciones para una acción táctica que, al tener el carácter de un asalto al poder burgués con las fuerzas a disposición del partido comunista,

puede ser definida como directa (y de la cual se hablará más adelante). Lejos de restringirse a un puro y simple trabajo de proselitismo y de propaganda, el partido puede y debe ejercer entonces una influencia propia sobre los acontecimientos a través de sus relaciones con y presiones sobre otros partidos y movimientos políticos y sociales, tendiendo a determinar desarrollos de la situación en un sentido favorable a sus propias finalidades, y de modo de apresurar el momento en que será posible la acción revolucionaria decisiva.

Las iniciativas y actitudes a adoptar en tal caso constituyen un delicado problema, en cuya base es necesario establecer la condición de que aquéllas no deben de ningún modo estar ni aparecer en contradicción con las exigencias ulteriores de la lucha específica del partido, de acuerdo con el programa que él es el único en defender, y por el cual el proletariado deberá luchar en el momento decisivo. La propaganda del partido no tiene sólo un valor teórico, sino que resulta sobre todo de las posiciones cotidianamente asumidas en la lucha proletaria real, y debe poner continuamente en evidencia la necesidad de que el proletariado abraze el programa y los métodos comunistas. Toda actitud que cause o comporte el paso a segundo plano de la afirmación integral de esta propaganda, toda actitud que del logro de determinados resultados contingentes trate de hacer ya no un medio para ir más allá, sino un fin en sí mismo, conduciría a un debilitamiento de la estructura del partido y de su influencia en la preparación revolucionaria de las masas.

31. - En la situación histórico-política que corresponde al poder democrático burgués, se verifica en general una división del campo político en dos corrientes o "bloques", de derecha y de izquierda, que se disputan la dirección del Estado. Por lo general, al bloque de izquierda adhieren más o menos abiertamente los partidos socialdemócratas, coalicionistas por principio. El desarrollo de esta lucha no es indiferente al partido comunista, sea porque ella versa sobre puntos y reivindicaciones que interesan a las masas proletarias, y que concentran su atención, sea porque su desenlace con una victoria de la izquierda puede aplanar realmente la vía a la revolución proletaria. Al examinar el problema de la oportunidad táctica de formar coaliciones con los elementos de izquierda, y queriendo evitar todo apriorismo falsamente doctrinario o tontamente sentimental y puritano, se debe tener ante todo presente que el partido comunista dispone de una iniciativa de movimiento en la medida en que es capaz de seguir con continuidad su proceso de organización y de preparación, del que extrae esa influencia sobre las masas que le permite llamarlas a la acción. El partido no puede proponerse una táctica que responda a un criterio ocasional y momentáneo, creyendo poder ejecutar a continuación, cuando dicha táctica aparezca súbitamente superada - una brusca conversión y cambio de frente, transformando en enemigos a sus aliados de ayer. Por consiguiente, si no se quieren comprometer los vínculos con la masa y su fortalecimiento para el momento en que su manifestación será más necesaria, se deberá seguir, en las declaraciones y en las actitudes públicas y oficiales, una continuidad de método y de

objetivos en estrecha coherencia con la propaganda y preparación ininterrumpida de la lucha final.

32. -- Para preparar ideológica y prácticamente al proletariado para la lucha revolucionaria por la dictadura, una tarea esencial del partido comunista es la crítica despiadada del programa de la izquierda burguesa y de todo programa que quiera extraer la solución de los problemas sociales del marco de las instituciones burguesas democráticas y parlamentarias. En su mayor parte, el contenido de los desacuerdos entre la derecha y la izquierda burguesa conmueve al proletariado sólo en virtud de falsificaciones demagógicas, que naturalmente no pueden ser desbaratadas con un puro trabajo de crítica teórica, sino que deben ser atacadas y desenmascaradas en la práctica y al calor de la lucha. En general, las reivindicaciones políticas de la izquierda (que no tienen en absoluto la finalidad de dar un paso adelante para poner el pie sobre un escalón intermedio entre el sistema económico y político capitalista y el sistema proletario) tienden a crear condiciones de mejor funcionamiento y de defensa más eficaz del capitalismo moderno, tanto por su contenido intrínseco como por su tendencia a dar a las masas la ilusión de que las instituciones presentes puedan ser utilizadas para su proceso emancipador. Esto concierne tanto las reivindicaciones de extensión del derecho de voto y de otras garantías y perfeccionamientos del liberalismo, como la lucha anticlerical y todo el conjunto de la política "masónica".

Las reformas legislativas de carácter económico o social no tienen otro valor : o su realización no se verificará, o sólo se verificará en la medida en que lleguen a crear (y con la intención de crear) un obstáculo al empuje revolucionario de las masas.

33. - El advenimiento de un gobierno de la izquierda burguesa, o incluso de un gobierno socialdemócrata, pueden ser considerados como un inicio de la lucha definitiva por la dictadura proletaria, pero no en el sentido de que su obra le crearía premisas útiles de carácter económico o político, y menos aún con la esperanza de que concederían al proletariado una mayor libertad de organización, de preparación y de acción revolucionaria. El partido comunista sabe y tiene el deber de proclamar, en virtud de razones críticas y de una sangrienta experiencia, que estos gobiernos sólo respetarían la libertad de movimiento del proletariado hasta tanto éste los reconociese y los defendiese como sus propios representantes, mientras que responderían con la más feroz reacción a un asalto de las masas contra la máquina del Estado democrático. Por ende, es en un sentido muy distinto que el advenimiento de estos gobiernos puede ser útil : es decir, en la medida en que su obra permitirá al proletariado deducir de los hechos la experiencia real de que sólo la instauración de su dictadura puede provocar una verdadera derrota del capitalismo. Es evidente que dicha experiencia podrá ser utilizada eficazmente sólo en la medida en que el partido comunista haya denunciado previamente tal fracaso, y conservado una sólida organización independiente en torno a la cual el proletariado podrá reagruparse cuando estará obligado a abandonar a los grupos y partidos cuya experiencia gubernamental había sostenido en parte.

34. - Por consiguiente, una coalición del partido comunista con partidos de la izquierda burguesa, o de la socialdemocracia, no sólo dañaría la preparación revolucionaria y haría difícil la utilización de una experiencia de gobierno de izquierda, sino que prácticamente también retardaría en general la victoria del bloque de izquierda sobre el de derecha. Ambos bloques se disputan el favor del centro burgués, que se desplaza hacia la izquierda en virtud de la convicción justa de que la izquierda no es menos contrarrevolucionaria y conservadora que la derecha, y de que propone concesiones (en gran parte aparentes y en pequeña parte efectivas) para frenar el apremiante movimiento revolucionario contra las mismas instituciones que tanto la derecha como la izquierda aceptan. Por lo tanto, la presencia del partido comunista en la coalición de izquierda le quitaría a éste un séquito mayor (ante todo sobre el terreno de la lucha electoral y parlamentaria) que él le aportaría con su apoyo, y con una política semejante se retardaría probablemente la experiencia en vez de acelerarla.

35. - Por otra parte, el partido comunista no descuidará el hecho innegable de que las reivindicaciones sobre las que gira la agitación del bloque de izquierda atraen el interés de las masas, y de que - en su formulación - corresponden a menudo a sus exigencias reales. El partido comunista no sostendrá la tesis superficial del rechazo de tales concesiones porque sólo la conquista revolucionaria final y total merecería los sacrificios del proletariado; esta proclamación no tendría ningún sentido, dado que - sin lugar a dudas - el proletariado pasaría entonces al séquito de los demócratas, quedando bajo su control. Por consiguiente, el partido comunista invitará a los trabajadores a aceptar las concesiones de la izquierda como una experiencia, sobre cuyos resultados expresará claramente todas sus previsiones pesimistas y la necesidad de que el proletariado no ponga en juego su independencia organizativa y política, para no salir arruinado de esta situación. El partido comunista instará a las masas para que exijan de los partidos de la socialdemocracia (que garantizan la posibilidad de realización de las promesas de la izquierda burguesa) que mantengan sus compromisos; y con su crítica independiente e ininterrumpida se preparará a recoger los frutos del resultado negativo de tales experiencias, demostrando cómo toda la burguesía está efectivamente enrolada en un frente único contra el proletariado revolucionario, y cómo los partidos que se dicen obreros, pero que sostienen la coalición con parte de la burguesía, no son más que sus cómplices y agentes.

36. - Las reivindicaciones expuestas por los partidos de izquierda, y particularmente por los socialdemócratas, son a menudo de tal naturaleza que es útil instar al proletariado a moverse directamente para conseguirlos, dado que si la lucha fuese emprendida pondría inmediatamente en evidencia la insuficiencia de los medios con los cuales los socialdemócratas se proponen realizar un programa de medidas benéficas para el proletariado. El partido comunista agitará entonces esas mismas reivindicaciones, subrayándolas y precisándolas como bandera de lucha de todo el proletariado, impulsándolo hacia adelante para forzar a los partidos que hablan sólo por oportunismo a enrolarse y

empeñarse en la vía de la conquista de los mismos. Ya se trate de peticiones económicas, o incluso de carácter político, el partido comunista las propondrá como objetivos de una coalición de los organismos sindicales, y evitará la constitución de comités dirigentes de lucha y de agitación en los cuales él estaría representado y comprometido al flanco de otros partidos políticos. Ambas normas responden al objetivo permanente de mantener la atención de las masas en el programa comunista específico, como también la propia libertad de movimiento para la elección del momento en que se deberá ampliar la plataforma de acción y desbordar a los otros partidos que se han mostrado impotentes y que han sido abandonados por las masas. Así entendido, el frente único sindical ofrece la posibilidad de acciones de conjunto de toda la clase trabajadora. De estas acciones, el método comunista no podrá más que salir victorioso, por ser el único susceptible de dar un contenido al movimiento unitario del proletariado, y por estar libre de toda responsabilidad respecto al trabajo de los partidos que exhiben por oportunismo y con intenciones contrarrevolucionarias su apoyo verbal a la causa del proletariado.

37. - La situación a la que nos referimos puede tomar el aspecto de un asalto de la derecha burguesa contra un gobierno demócrata o socialdemócrata. También en este caso, la actitud del partido comunista no podrá ser la de proclamar su solidaridad con gobiernos semejantes, ya que no se puede presentar al proletariado como una conquista a defender un orden político cuya experiencia ha sido acogida y seguida de modo de acelerar en el proletariado la convicción de que este orden no está hecho a su favor, sino con fines contrarrevolucionarios.

38. - Podrá sucedar que el gobierno de izquierda deje a organizaciones de derecha, a bandas blancas burguesas, llevar a cabo sus hazañas contra el proletariado y sus instituciones, y que no sólo no pida el apoyo del proletariado, sino que también pretenda que éste no tenga el derecho a responder con la organización de una resistencia armada. En tal caso, los comunistas demostrarán cómo no puede tratarse más que de una complicidad efectiva, más aún, de una división de funciones entre el gobierno liberal y las fuerzas regulares reaccionarias: la burguesía entonces ya no discute si le es más conveniente el método del adormecimiento democrático y reformista o el de la represión violenta, sino que emplea los dos al mismo tiempo. En esta situación, el verdadero y peor enemigo de la preparación revolucionaria es el ala liberal del gobierno: ésta ilusiona al proletariado diciendo que lo defenderá en nombre de la legalidad, para así llegar a encontrarlo inerme y desorganizado, y para poder postrarlo en pleno acuerdo con las bandas blancas, el día en que el proletariado se encuentra por fuerza en la necesidad de luchar contra el aparato legal que preside su explotación.

39. - Otra hipótesis es aquella en que el gobierno y los partidos de izquierda que lo componen invitasen al proletariado a participar en la lucha armada contra el asalto de la derecha. Esta invitación sólo puede preparar una trampa, y el partido comunista la acogerá proclamando que las armas en las manos de los proletarios equivale al advenimiento del

poder y del Estado proletarios, y la destrucción de la máquina tradicional, burocrática y militar del Estado, ya que ésta no obedecerá jamás las órdenes de un gobierno de izquierda llegado al poder con medios legalitarios cuando éste llame al pueblo a la lucha armada, y dado que sólo la dictadura proletaria podría dar estabilidad a una victoria sobre las bandas blancas. Por consiguiente, no deberá proclamarse ni practicarse ninguna "lealtad" hacia un tal gobierno; y, por sobre todo, se deberá indicar a las masas el peligro de que la consolidación de su poder frente al levantamiento de la derecha o a la tentativa de golpe de Estado significase la consolidación del organismo que se opondrá al avance revolucionario del proletariado (cuando éste se imponga como la única vía de escape) si el control de la organización armada estatal permaneciese en manos de los partidos gubernamentales democráticos, es decir, si el proletariado hubiese depuesto las armas sin haberlas empleado en derrocar las actuales formas políticas y estatales, contra todas las fuerzas de la clase burguesa.

VII

ACCION TACTICA "DIRECTA" DEL PARTIDO COMUNISTA

40. - Hemos considerado el caso en que la atención de las masas está atraída por las reivindicaciones que los partidos de la izquierda burguesa y de la socialdemocracia formulan como objetivos a ser conquistados o defendidos, y también los casos en que el partido comunista los propone a su vez, con mayor claridad y energía, al mismo tiempo que realiza una crítica abierta de la insuficiencia de los medios propuestos por los otros para realizarlos. Sin embargo, en otros casos, las exigencias inmediatas y urgentes de la clase obrera (tanto de conquista como de defensa) encuentran indiferentes a los partidos de izquierda y a los socialdemócratas. Si no dispone de fuerzas suficientes para llamar directamente a las masas a la lucha por esas conquistas, a causa de la influencia que los socialdemócratas ejercen sobre aquéllas, el partido comunista formulará esas reivindicaciones de la lucha proletaria, y para arrancarlas invocará la realización del frente único del proletariado sobre el terreno sindical; al mismo tiempo, no sólo evitará ofrecer una alianza a los socialdemócratas, sino que proclamará que estos traicionan hasta los intereses contingentes e inmediatos de los trabajadores. De este modo, el frente único sindical encontrará en su puesto a los comunistas que militan en los sindicatos, y, por otra parte, el partido tendrá la posibilidad de intervenir si la lucha tomase otro carácter, contra el cual inevitablemente se alinearían los socialdemócratas, y algunas veces los sindicalistas y anarquistas. Por el contrario, el rechazo de los otros partidos proletarios a efectuar el frente único sindical por estas reivindicaciones

será utilizado por el partido comunista para destruir su influencia, no sólo con la crítica y la propaganda que demuestren cómo ese rechazo revela una verdadera complicidad con la burguesía, sino sobre todo con la participación en primera línea en las acciones parciales del proletariado que la situación no dejará de suscitar sobre la base de esos objetivos por los cuales el partido habría propuesto el frente único sindical de todas las organizaciones locales de todas las categorías. El partido comunista obtendrá así la demostración concreta de que los dirigentes socialdemócratas, al oponerse a la extensión de las acciones, preparan su derrota. Naturalmente, el partido comunista no se limitará a esta tarea de cargar sobre los otros la responsabilidad de una táctica errada. Con extrema sagacidad y estrecha disciplina, escrutará el momento de pasar por encima de las resistencias de los contrarrevolucionarios, cuando en el desarrollo de la acción se determine una situación tal en el seno de las masas que éstas seguirían, contra toda resistencia, un llamamiento a la acción del partido comunista. Semejante iniciativa sólo puede ser decidida centralmente, y es siempre inadmisibles que sea tomada localmente por organismos del partido comunista, o por sindicatos controlados por los comunistas.

41. - La expresión "táctica directa" debe indicar más específicamente la acción del partido en una situación que le incite a tomar de manera independiente la iniciativa de un ataque al poder burgués, para abatirlo o para asestarle un golpe que lo debilite gravemente. Para poder emprender una acción semejante, el partido debe disponer de una sólida organización interna que le asegure con certeza absoluta que las disposiciones del centro dirigente serán estrictamente acatadas; además, el partido debe poder contar con la misma disciplina de las fuerzas sindicales que él dirige, de modo de estar seguro de que gran parte de las masas lo seguirá, y tiene aún necesidad de un encuadramiento de tipo militar de cierta eficacia, amén de toda la estructura de acción ilegal (sobre todo de comunicaciones y enlaces incontrolables por parte del gobierno burgués) que le permitan conservar con seguridad la dirección del movimiento en la previsible situación de ser puesto fuera de la ley por medidas de excepción. Sobre todo al tomar una decisión de acción ofensiva de la cual puede depender la suerte de todo un larguísimo trabajo de preparación, el partido comunista deberá basarse en un estudio de la situación que no sólo le asegure la disciplina de las fuerzas que él encuadra y dirige directamente, que no sólo le haga prever que los vínculos que lo ligan a lo vivo de la masa proletaria no se romperán en la lucha, sino también que le garantice de que su influencia entre las masas y la amplitud de la participación del proletariado en el movimiento irán creciendo progresivamente en el curso de la acción, ya que su desarrollo podrá despertar y dar eficacia a tendencias naturalmente difundidas en las capas profundas de las masas.

42. - No siempre un movimiento general iniciado por el partido comunista con la intención de derrocar el poder burgués podrá anunciar abiertamente este objetivo. Salvo en el caso de excepcional precipitación de las situaciones revolucionarias que subleven al proletariado, la consigna de

trabar la lucha podrá referirse a objetivos fundamentales que no son todavía la conquista del poder proletario, pero que en parte son realizables sólo a través de esta victoria suprema, aunque las masas sólo las vean como exigencias inmediatas y vitales, y parcialmente limitadas. En la medida en que estas consignas sean realizadas por un gobierno que no sea todavía el de la dictadura proletaria, ellas dejan la posibilidad de detener la acción en un cierto punto que conserve intacto el grado de organización y de combatividad de las masas, cuando aparezca imposible continuar la lucha hasta la meta sin comprometer con su desenlace las condiciones de reemprenderla eficazmente en situaciones ulteriores.

43. - Ni siquiera debe excluirse que el partido comunista considere oportuno lanzar directamente la consigna de una acción aun sabiendo que no se trata de llegar hasta la conquista revolucionaria suprema, sino sólo de conducir una batalla de la cual el adversario salga con su prestigio y su organización quebrantados, y el proletariado material y moralmente reforzado. En tal caso, el partido llamará a las masas a la lucha, formulando una serie de objetivos que podrán ser aquellos a los que realmente apunta, o que podrán más limitados que los que se propone alcanzar en el caso de que la lucha se desarrolle con éxito. Sobre todo en el plano de la acción del partido, dichos objetivos deberán ser avanzados gradualmente de modo que la conquista de cada uno de ellos constituya una base que permita un fortalecimiento para las luchas posteriores, evitando al máximo la táctica desesperada de lanzarse a la lucha en condiciones tales que sólo el triunfo supremo de la revolución constituya la probabilidad favorable, mientras que en el caso contrario exista la certeza de la derrota y de la dispersión de las fuerzas proletarias por un período imprevisible. Los objetivos parciales son pues indispensables para conservar el control seguro de la acción, y su formulación no está en contradicción con la crítica que debe hacerse de su contenido económico y social cuando son considerados por las masas como fines en sí mismos (sobre los cuales podrían detenerse después de haberlos conquistado) y no como ocasiones de lucha, como un medio de encauzarla hacia la victoria final. Naturalmente, siempre es un delicado y tremendo problema el de fijar los fines y los límites de la acción, y es con la experiencia y con la selección de sus dirigentes que el partido se temple para esta suprema responsabilidad.

44. - El partido debe evitar hacerse y propagar la ilusión de que en una situación de estancamiento de la combatividad del proletariado sea posible provocar el despertar de las masas para la lucha gracias al simple efecto del ejemplo dado por un grupo de audaces que se lance al combate e intente golpes de mano contra las instituciones burguesas. Las razones por las cuales el proletariado puede levantarse de una situación de depresión, hay que buscarlas en el real desarrollo de las situaciones económicas; la táctica del partido puede y debe contribuir a este proceso, pero con una obra mucho más profunda y continua, que no sea el gesto clamoroso de una vanguardia lanzada al asalto.

45. - No obstante, el partido se servirá de sus fuerzas y de su encuadramiento para realizar acciones por parte de grupos armados, de organizaciones obreras y de multitudes, cuyo proyecto y ejecución han de estar bien controlados. Estas acciones han de tener un valor demostrativo y defensivo con el propósito de dar a las masas la prueba concreta de que con organización y preparación es posible enfrentar ciertas resistencias y contraataques de la clase dominante, sean acciones terroristas de grupos reaccionarios armados o impedimentos policiales contra determinadas formas de organización y de actividad proletarias. El objetivo no será el de provocar una acción general, sino el de llevar nuevamente a las masas deprimidas y desmoralizadas hacia el más alto grado de combatividad, gracias a una serie de acciones que se articulen para despertar en ella la necesidad y la voluntad del contraataque.

46. - El partido evitará absolutamente que en tales acciones locales se llegue a la infracción de la disciplina interna de los organismos sindicales por parte de los órganos locales y de los comunistas que militan en ellos. Los órganos sindicales locales no deben llegar a la ruptura con los órganos centrales nacionales dirigidos por otros partidos, dado que como ya se ha dicho deben servir al partido como puntos de apoyo indispensables para la conquista de los mismos.

Sin embargo, cuando las masas respondan espontáneamente a las provocaciones burguesas, el partido comunista y sus miembros las seguirán ofreciéndoles activamente todo su apoyo, rompiendo incluso con la disciplina de inacción y de pasividad de los dirigentes de los sindicatos reformistas y oportunistas.

47. - En la situación que es característica del momento de quebranto de las bases del poder del Estado, y en que está por caer, el partido comunista (que estará en pleno despliegue de sus fuerzas y de agitación de las masas en torno a sus consignas máximas) no dejará escapar la posibilidad de influir en los momentos de equilibrio inestable de la situación, aprovechando para ello todas las fuerzas momentáneamente concomitantes en la dirección de su acción independiente. Cuando el partido esté bien seguro de conquistar el control del movimiento en cuanto la organización tradicional estatal haya cedido, podrá recurrir a acuerdos transitorios y contingentes con otros movimientos que dispongan de fuerzas en el campo de la lucha, sin hacer de tales alianzas un objeto de propaganda ni una consigna del partido para las masas. En todos los casos, el éxito será el único criterio para medir el interés de haber accedido a tales contactos, como también para hacer el balance que inmediatamente se deberá extraer. La táctica del partido comunista no está dictada por preconceptos teóricos o por preocupaciones éticas y estéticas, sino sólo por la real correspondencia de los medios con la meta y la realidad del proceso histórico, según la síntesis dialéctica de doctrina y de acción que es el patrimonio de un movimiento destinado a ser el protagonista de la renovación social más vasta, el conductor de la guerra revolucionaria más grande.

La cuestión de las nacionalidades en España (II)

La primera parte del artículo ha sido publicada en el n^o 23 de esta revista.

Dándonos la clave de la persistencia de fenómenos regionalistas bien entrado el siglo XIX, Marx esboza en 1854 la historia de la monarquía española, "que exhibe todos los síntomas de larga y nada gloriosa putrefacción" y que "debe ser más bien catalogada junto con formas asiáticas de gobierno", a la cabeza de "un conglomerado de repúblicas mal regidas":

"¿Cómo explicar empero el singular fenómeno consistente en que tras casi tres siglos de una dinastía habsburguesa seguida de otra borbónica -cada una de las cuales se basta y se sobra para aplastar a un pueblo- sobrevivan más o menos las libertades municipales de España, y que precisamente en el país en que, de entre todos los estados feudales, surgió la monarquía absoluta en su forma menos mitigada no haya conseguido sin embargo echar raíces la centralización? La respuesta no es difícil. Las grandes monarquías se formaron en el siglo XVI y se asentaron en todas partes con la decadencia de las antagónicas clases feudales -la aristocracia y las ciudades-. Pero en los demás estados de Europa la monarquía absoluta se presentó como un foco civilizador, como la promotora de la unidad nacional. Fue en ellos el laboratorio donde se mezclaron y elaboraron los diversos elementos de la sociedad, de modo tal que indujo a las ciudades a abandonar la independencia local y la soberanía medievales a cambio de la ley general de las clases medias y del común dominio de la sociedad civil. En España, por el contrario, mientras la aristocracia se sumía en la degradación sin perder sus peores privilegios, las ciudades perdieron su poder medieval sin ganar en importancia moderna.

"Desde el establecimiento de la monarquía absoluta vegetaron las ciudades en un estado de continua decadencia.(...)
Al declinar la vida comercial e industrial de las ciudades

se hizo cada vez más escaso el tráfico interior y menos frecuente la mezcla de habitantes de las distintas regiones, se descuidaron los medios de comunicación y se abandonaron los grandes caminos. Así la vida local de España, la independencia de las regiones y municipios, la diversidad del estado de la sociedad, fenómenos basados originariamente en la configuración física del país y desarrollados históricamente por la diversidad de los modos cómo las distintas regiones se emanciparon de la dominación mora para formar pequeñas entidades independientes, todo eso se vio finalmente reforzado y confirmado por la revolución económica que agotó las fuentes de la actividad nacional. Y así la monarquía absoluta encontró ya en España una base material que por su propia naturaleza repelía la centralización; además, ella misma hizo cuanto estuvo en su poder para impedir que se desarrollaran intereses comunes basados en una división nacional del trabajo y en una multiplicación del tráfico interior -única y verdadera base para poder crear un sistema administrativo uniforme y el dominio de leyes uniformes-. Así, pues, la monarquía absoluta española, a pesar de su superficial semejanza con las monarquías absolutas de Europa en general, deber ser más bien catalogada junto con formas asiáticas de gobierno. Como Turquía, España siguió siendo un conglomerado de repúblicas mal regidas con un soberano nominal al frente. (...) A pesar de ser despótico, el gobierno no impidió que subsistieran en las regiones los varios derechos y costumbres, monedas, estandartes o colores militares, ni siquiera sus respectivos sistemas fiscales.

"(...) Y así pudo ocurrir que Napoleón, el cual - al igual que todos sus contemporáneos- consideraba a España como un cuerpo inanimado, sufriera la fatal sorpresa de descubrir que si el Estado español había muerto, la sociedad española estaba llena de vida y cada parte de ella rebosaba capacidad de resistencia" (1).

En ausencia de una clase moderna con desarrollo suficiente, y siendo el ejército y la monarquía las únicas fuerzas a nivel estatal los movimientos revolucionarios democráticos decimonónicos no serán más que la yuxtaposición de movimientos provinciales, a la rastra de pronunciamientos militares y de conflictos dinásticos (2).

Pero ya "en 1856 la revolución española ha perdido no sólo su carácter dinástico, sino también su carácter militar (...) Esta vez el ejército ha estado completamente solo contra el pueblo, o más exactamente, sólo ha luchado contra el

(1) "España revolucionaria", artículo del New York Daily Tribune del 9.IX.1854. Traducción castellana en Marx-Engels, "Revolución en España", Ed. Ariel, Barcelona, 1960.

(2) Cfr. K. Marx, "La Revolución española", artículo del N.Y.D.T. del 21.VII.1854 y "Revolución en España", artículo del N.Y.D.T. del 18.VIII.1854. Traducción castellana en op. cit.

pueblo y contra la Guardia Nacional. Con otras palabras: ha terminado la misión revolucionaria del ejército español. (...) La nueva revolución europea hallará a España madura para cooperar con ella. Los años 1854 y 1856 fueron fases de transición por las que tuvo que pasar para llegar a esta madurez" (3).

Y Marx, que en 1854 escribía que "la cuestión social en el sentido moderno de la palabra no tiene base en un país aún subdesarrollado" como España (4), dos años más tarde se exclamará, entusiasta y con un dejo de sorpresa:

"En 1856 no tenemos ya simplemente la corte y el ejército de un lado contra el pueblo del otro, sino que además tenemos en las filas del pueblo las mismas divisiones que en el resto de la Europa Occidental (...) Esto suministra una nueva ilustración del carácter de la mayoría de las luchas europeas de 1848-1849 y de las que tendrán lugar en adelante en la porción occidental del continente. Existen por una parte la industria moderna y el comercio, cuyas cabezas naturales, las clases medias, son contrarias al despotismo militar; por otra parte, cuando empiezan su batalla contra ese despotismo arrastran consigo a los obreros, productos de la moderna organización del trabajo, los cuales reclaman la parte que les corresponde del resultado de la victoria. Aterradas por las consecuencias de una tal alianza involuntariamente puesta sobre sus hombros, las clases medias retroceden hasta ponerse bajo las protectoras batallas del odiado despotismo. Este es el secreto de los ejércitos permanentes en Europa, incomprensibles de otro modo para el futuro historiador. (...) El que esta lección haya ido a darse también en España es algo tan impresionante como inesperado" (5).

En un país cuya decadencia acentuó el aislamiento económico y social de sus distintas regiones, la monarquía necesitó apoyarse activamente en el ejército para consolidar y centralizar su poder. Conjuntamente con la Iglesia -que "había tiempo había dejado de identificar sus intereses con los de la España feudal" y que "gracias a la Inquisición se convirtió en el instrumento más formidable del absolutismo" (6)- el ejército, además de ser ya la "ultima ratio" contra "la canalla", se volvió uno de los dos pilares fundamentales del régimen estatal español, es decir, del centralismo burocrático de Madrid.

La derrota de las sucesivas insurrecciones populares hasta la de 1856 no significó empero un puro y simple retorno a la monarquía absoluta del Viejo Régimen. Respondiendo a las incontenibles exigencias del desarrollo burgués, el poder vencedor debió -en medio de avances y retrocesos, de crisis paí-

(3) Marx, "Revolución en España", N.Y.D.T., 18.VIII.1856.

(4) Marx, "Convocatoria de las Cortes Constituyentes", N.Y.D.T., 4.IX.1854,...

(5) Marx, "Revolución en España", N.Y.D.T., 8.VIII.1856.

(6) Marx, "España revolucionaria",...

ciegas y ministeriales en cascada- hacerse el heredero de las tendencias, aún en su primer estadio, de las transformaciones burguesas efectuadas desde arriba, quemando las etapas de las monarquías absolutas que cobijaron el ascenso de la burguesía europea (7).

Mientras la monarquía se aburguesa, el poder político - sostenido por el ejército, administrado por una burocracia corrupta y voraz, dirigida por camarillas con un personal proveniente sobre todo de Castilla y Andalucía - estará al servicio de la especulación y del enriquecimiento típicamente burgueses de una "oligarquía" compuesta por especuladores, grandes industriales, propietarios terratenientes y mineros, abogados y generales.

LA REVOLUCION BURGUESA DE 1868 - 1874

Así como la crisis de 1847 suscitó la revolución de 1848 en Francia y en Alemania, la del 1866-1867 desencadena la revolución de 1868 en España. Dirigida por la burguesía catalana (que se plantea en el terreno de la nación española), todo en ella se transforma en farsa, aun antes de haber podido asumir visos de tragedia. La burguesía catalana no buscó fundar y fundir la unidad nacional española en la lucha de las masas revolucionarias de toda España que se enfrentaban con clases y fuerzas (monarquía y ejército) de alcance supraregional: de pavor de la acción revolucionaria de sus propios obreros y de las masas campesinas, lo buscó en el ejército mismo y en la sombra fetichista de una nueva monarquía burguesa.

(7) En 1834 y 1836 se promulgan sendas leyes liquidando todo obstáculo jurídico a la producción industrial; este último año es también el de la supresión de los mayorazgos y vinculaciones civiles, y el año siguiente será el de la desamortización y obligación de venta de las tierras de la Iglesia, que abre la vía a la incorporación al mercado de la mayor parte de la tierra. La ley de desamortización será confirmada en 1855, y exige también la división de las tierras comunales. Es de este proceso que surgirá tanto la feroz lucha entre las dos vías (campesina y junker) del desarrollo burgués agrario como la sistematización final de la estructura agraria española. En 1837 se deroga el diezmo eclesiástico. Desde 1849 se moderniza la banca. A partir de 1839 se inicia el desarrollo minero, el de la red de caminos (que se duplica entre 1843 y 1853) y el gigantesco boom de los ferrocarriles, con la construcción de 4.800 km. de vías en el período 1856-1868. Las décadas de los años cincuenta y sesenta serán las de la especulación y affaires desenfrenados.

Debiendo contar con un apoyo popular, sus jefes demócratas buscan la alianza con círculos militares que, con Prim, sostenían que "la más absoluta reserva con el pueblo puede únicamente darnos buen resultado" (8), y su primer gobierno es una ensalada de camarillas políticas que habían marcado toda la historia de la monarquía anterior. Victoriosa gracias a la acción revolucionaria de los movimientos populares provinciales, el gobierno provisional - cuyo "temor a verse desbordado por la "izquierda" parecía superior al que pudiera inspirarle la derecha" (9) - se encarga de desarmar a las milicias. A la cabeza de un movimiento necesariamente antidinástico y republicano, el gobierno "revolucionario" se declara por el principio monárquico y obra para crear una nueva dinastía, derrotando para ello con anterioridad al movimiento republicano, y basa el régimen en el "pucherazo" heredado de la monarquía isabelina. Debiendo barrer con todo el pasado, el gobierno de "la Gloriosa", no sólo reconoce la deuda pública, sino que acentúa su dependencia financiera respecto a los reyes de la Bolsa; no sólo no toca las estructuras agrarias, sino que masacra al campesinado revolucionario mientras sus parlamentarios disertan sobre los "Derechos del Hombre". Cuando a pesar de lo absurdo de la empresa -vestir una revolución republicana con una monarquía repudiada por las clases contrarrevolucionarias como por las masas revolucionarias - la burguesía debe a disgusto aceptar que Amadeo de Saboya sea "el primer rey a declararse en huelga" (Engels), serán las Cortes monárquicas las que proclamarán la I República, por no tener solución de recambio, y atemorizadas por el rugido que sube de la calle. Su primer gobierno estará compuesto (como en 1931!) por monárquicos y republicanos. Su primera preocupación fue la de volverse "presentable" de cara al pasado, ordenando (con Pi i Margall como ministro de Gobernación) restituir a los antiguos Ayuntamientos en sus prerrogativas, "usurpadas" por las Juntas revolucionarias que eran el pilar mismo de la República.

Habiendo debido ser - que no fue - el instrumento de la lucha insurreccional contra el pasado, la República se enfrentó por el contrario con la insurrección de los mismos republicanos "intransigentes", por una parte, y por otra con la de las masas obreras que seguían a los anarquistas, los cuales por vez primera - pero no por última - demostraron "cómo no debe hacerse una revolución" (10). Y los republicanos en el poder, que habían tenido un respeto puntilloso del pasado, masacraron a los obreros, campesinos y pequeña burguesía urbana, su única defensa contra la reacción.

Respetuosa de un ejército esencialmente pretoriano - "yo no he querido nunca hacer un ejército republicano", dirá Salmerón, uno de sus jefes de gobierno, soplándole su secreto a la futura II República (11) -, bastó al final con el

(8) Tuñón de Lara, "La España del siglo XIX", Lib. Española, París, 1971, p. 196.

(9) *ibid.* p. 207.

(10) Engels, "Los bakuninistas en acción", in *op. cit.*

(11) Tuñón de Lara, *Ibid.*, p. 247

simple pronunciamiento de un general en campo abierto para que la República, moribunda de tanto haber luchado ... contra sí misma, fuese sepultada sin dar siquiera un último suspiro.

Así como la revuelta del proletariado de París de junio de 1848 arrojó a la burguesía alemana en los brazos de Bismarck, la Comuna de París - cuyo espectro obsesiona a la burguesía en la revuelta de los internacionalistas de 1873 - terminó por arrojarla en los brazos de la Restauración borbónica (12).

Esta última encontró su más sólido apoyo en la aristocracia madrileña y en la alta burguesía catalana, que termina así por atribuirle el papel político de fundador de la nacionalidad española.

La notable estabilidad de la Restauración reside no sólo y no tanto en el florecimiento de los negocios que la acompaña (13), ni en el hecho de que la monarquía de los Alfonso XII y XIII continúa la adaptación del poder estatal a las necesidades crecientes del desarrollo capitalista (14), sino en la pérdida de toda veleidad revolucionaria por parte de la burguesía, definitivamente cobijada "bajo las alas del odiado despotismo".

Por cierto que, excluida del poder político (15), la

(12) "(La burguesía catalana) creía (sic) que se podía trastocar las viejas estructuras españolas sin hacer efectivamente la revolución, en el sentido estricto de la palabra. Pero sobre todo ella temía, al lanzar la revolución, ser desbordada por las masas obreras que manifestaban con violencia su impaciencia (...). Al detenerse a mitad de camino, al rehusar asumir sus responsabilidades, ella firmó el acta de defunción de la I República y, sobre todo, el de la revolución burguesa" (J. Rossinyol, "Le problème national catalan", Ed. Mouton, París, 1974, p. 36)

(13) "El año 1876 marca, por otra parte, el comienzo de un período de loca prosperidad económica para los industriales catalanes que dura hasta 1886 y que se conoce con el nombre de la fiebre de l'or. La agricultura conoce una fase de euforia indescriptible (...). La industria sabe aprovechar esta riqueza agraria, así como el crecimiento considerable de las exportaciones, para progresar con un ritmo continuo, en particular en los sectores algodonero y lanero. El número de nuevos negocios en los terrenos financiero, bancario y ferroviario, fundados sobre todo "en la especulación más que en la verdadera creación de riqueza", es impresionante (...). Es también el momento en que las finanzas catalanas dominan, sin discusión, toda la escena económica hispánica" (J. Rossinyol, op. cit., p. 42).

Por otra parte, de 1876 a 1900 la red ferroviaria duplicará su longitud.

(14) Promulgación del Código Civil, de la Ley Hipotecaria, de la Ley de Enjuiciamiento Civil y Criminal.

(15) "Durante los sesenta y ocho años que transcurren entre 1833 y 1901 hubo 902 ministerios, contando los presiden

monarquía no fue un lecho de rosas para ella - ¿pero acaso lo fue para sus congéneres el reinado de Luis Bonaparte en Francia o el del régimen junker de Bismarck en Alemania? - ; sin embargo, la monarquía termina por satisfacer sus exigencias fundamentales. Conjuntamente con los cerealistas castellanos, la burguesía industrial logra en 1891 un arancel aduanero que le libra definitivamente el monopolio del mercado español, de modo que desde entonces "el eje Bilbao-Barcelona-Valladolid determinó las decisiones económicas de España" (16).

La crisis de 1867 había dado lugar a una revolución nacional; la de 1898, consecutiva al "desastre" de Cuba, en un país aun socialmente atrasado (17), suscitó sólo una tentativa de ... reforma del funcionamiento del sistema electoral en Cataluña; y los burgueses, que treinta años antes habían tan siquiera descendido a la calle para imponer sus exigencias de clase, trocaron esta vez las armas por las papeletas electorales. Entonces, la burguesía catalana había por lo menos tratado de hacerse con el Estado; esta vez se lanzó al "asalto de" ... la administración de los asuntos provinciales, en un "combate" de pacotilla de nunca acabar, apoyándose en un movimiento político que hacía hincapié en la nacionalidad catalana. En la continuidad de su acción histórica, ella acentuó aún más su rechazo de transformaciones burguesas radicales aun pendientes (cuestión agraria, peso de la Iglesia, centralismo burocrático), trocándolas por tentativas impotentes de reformas desde dentro de la estructura estatal. Así nació el movimiento político y nacionalista catalán.

tes de gobierno, y del total sólo 24 fueron catalanes" (A. Balcells, "Cataluña Contemporánea I (siglo XIX)", Ed. Siglo Veintiuno, Madrid, 1977, p. 84).

Esa realidad ha persistido en la historia de España del siglo XX: "Hemos demostrado, en varias ocasiones, la escasa participación catalana en los círculos dominantes de España: el ejército, la Iglesia, el mundo académico y, sobre todo, el mundo de la política y de la administración. Una cifra a título de ejemplo: según el cuadro de ascensos del año 1958, entre los 73 magistrados del Tribunal Supremo, ninguna había nacido en las cuatro provincias catalanas, en tanto que 16% de ellos había nacido en Madrid. Entre los 50 ministros que tuvo el régimen entre 1938 y 1960, sólo 6% habían nacido en Cataluña contra 32% nacidos en Madrid y 16% nacidos en las provincias vascas y Navarra" (La Vanguardia, 23.II.1967, citado en (y traducido de) J. Rossinyol, op. cit., p. 293).

(16) R. Carr, "España 1808-1939", Ed. Ariel, Barcelona, 1969, p. 379.

(17) En 1900, 68% de la población activa trabajaba en el agro, 16% en la industria y 16% en los servicios.

NACIMIENTO DEL NACIONALISMO CATALAN

El absolutismo español, hasta el primer tercio del siglo XIX, dejó a los pueblos de España vivir una vida provincial, cuyo aislamiento estaba también favorecido por los factores geográficos. Muy temprano, en el siglo XVII, Portugal se independizó, mientras que otras provincias, que en realidad podían llegar a abrazar nacionalidades bien diferenciadas, con una lengua, una cultura y una economía propias, como la catalana y la vasca, se mantuvieron relativamente inconexas unas de otras. En particular, Cataluña había alcanzado en los siglos XIV y XV un desarrollo importante y brillante, constituyendo en el Mediterráneo una potencia comercial de primer orden, rival de las Repúblicas italianas. En 1640 tendrá lugar una revuelta nacional victoriosa contra la corona de Castilla, y sólo tras la guerra de sucesión (1714) la independencia del Principado será abolida definitivamente, sin que el absolutismo llegue a crear las condiciones de una unidad nacional española. Cataluña será tratada como una provincia bajo ocupación extranjera, controlada por la burocracia castellana.

En los primeros tres cuartos del siglo XIX, Cataluña fue casi el único centro de desarrollo industrial en España, de ese desarrollo burgués que no sólo modela la sociedad moderna, sino que suscita también la expansión de los factores de nacionalidad, como el de la lengua (18). Ese desarrollo in nato en todo capitalismo, que en el terreno político chocó con el centralismo castellano - pero que terminó por adaptarse a él -, en el terreno social tropezó con la política estatal de represión de las expresiones sociales y culturales de otras nacionalidades (19). Mientras el desarrollo social moderno e-

(18) En 1966, alrededor de 8 millones de españoles vivían en Cataluña, Valencia y Baleares, de los cuales se estima que más de 7 millones hablan el catalán. En Cataluña, 90% de las "amas de casa" entienden el catalán, 77% lo hablan, 62% lo leen y 38% lo escriben; en el País Vasco, los porcentajes son, respectivamente, 48, 46, 25 y 12, y ello a pesar de los siglos de castellanización forzada. "Los hijos (de los trabajadores inmigrantes) hablan el catalán como si fuese su propia lengua materna. Cataluña nacionaliza a los inmigrantes", escribe un autor burgués citado por J. Rossinyol, op. cit., p. 236. Exageración nacionalista aparte, es indudable la persistencia tenaz del catalán. (Datos extraídos de FOESSA, "Informe" 1305, citado por S. Payne, "El nacionalismo vasco, de sus orígenes a la ETA", Ed. Dopesa, Barcelona, 1974, p. 227).

(19) En 1768, el catalán es prohibido en las escuelas primarias y secundarias, aunque prácticamente sólo fue abolido en la enseñanza hacia los años 1860. Apuntando al idioma catalán y al vasco, un real decreto de 1902 se ve todavía obligado a exigir de los maestros de las escuelas primarias el aprendizaje del catecismo en castellano. Décadas más tarde, el franquismo triunfante lanzará una campaña intimidando a todos los españoles a "hablar el idioma del Imperio".

ra irradiado en España desde provincias periféricas (Cataluña y País Vasco), Madrid sólo exportaba burócratas. El centralismo burocrático de Madrid, región que no poseerá industria moderna hasta los años cincuenta de este siglo, feudo de especuladores, parásitos y terratenientes ausentistas, fue portador - como todas las dolorosas y lentas revoluciones blancas - de antagonismos que iban a infectar una sociedad que acarrea ya tantas escorias malolientes de una sociedad en putrefacción. El choque entre el capitalismo catalán y la continuidad estatal de la monarquía, así como la colisión entre ésta y la sociedad preburguesa vasca en el siglo XIX, alimentará y exacerbará los odios de nacionalidad, cuya capitalización política será la obra de los nacionalismos periféricos.

La pérdida de Cuba en 1898 es una señal de alarma para el capital industrial, que ha crecido también como industria pesada en el País Vasco, en tanto que el Estado central, controlado por la famosa "oligarquía", que sólo se preocupa por enriquecerse, no mediante la producción, sino mediante el escamoteo de la riqueza ya creada por otros - como dice Marx de la Monarquía de Julio -, es incapaz de impulsar y asumir la dirección de las transformaciones exigidas por el desarrollo burgués (20).

Lejos de entablar una lucha para barrer con ese magma monárquico-clerical-agrario-especulador que gangrena las heridas desgarradas del capitalismo en expansión, y tras un intento fallido de ponerse a remolque de un enésimo general - Polí vela -, pero ni siquiera ya para una intentona insurreccional, sino para apoyarlo como ministro conservador de un enésimo re cambio ministerial con miras a conseguir, no el poder, sino u na relativa autonomía fiscal como la que estaba en vigencia en el País Vasco, la burguesía catalana se convierte en bloque al nuevo credo del nacionalismo catalán.

El catalanismo surgirá de la confluencia de restos del republicanismo federal, del carlismo y del conservadurismo re

(20) Como muestra basta un botón: "Si el problema de los transportes es general en toda España, es sin embargo mucho más grave en Cataluña, por su mayor producción económica. Ahora bien, no solamente ésta no ha podido jamás tener una red de ferrocarriles y una red rutera en relación con la importancia real del país, sino que, además, ha debido sufrir continuamente un atraso importante respecto a regiones en donde (...) era apenas necesario movilizar otra cosa que no sea la cosecha de cereales. (...) Estas graves malformaciones, de las cuales sufre la economía catalana, han sido tanto más duramente resentidas - escribe un beato del catalanismo - que la participación catalana en la financiación de los gastos del Estado, por medio de contribuciones fiscales diversas, ha sido siempre muy superior, proporcionalmente hablando, a la de todas las otras regiones. (...) El Estado percibía en Cataluña (en 1930) más de tres veces y media lo que correspondería normalmente por su población, pero gastaba en ella, bajo la forma de servicios públicos, dos veces menos de lo que le hubiera correspondido; teniendo en cuenta solamente su población" (J. Rossinyol, op. cit. pp. 254-257). Es a esa "altura" que la

gionales. Su primer acto de afirmación política, la presentación al rey de una "Memoria en defensa de los intereses morales y materiales de Cataluña", en 1885, resultó de la constitución de un bloque de industriales, monárquicos, republicanos, católicos y librepensadores, o sea, de un cóctel original de la impotencia y reacción de las décadas anteriores.

Su principal teórico y primer dirigente político, Prat de la Riba, fundador de la Lliga Regionalista (donde pactarán los industriales y los terratenientes catalanes), es el inspirador de un federalismo concebido como el único medio capaz de asegurar la continuidad y la coexistencia "armoniosa" (pacífica, se diría hoy) de los "particularismos" de las distintas regiones de España. El nacionalismo catalán no apuntó a la destrucción del régimen político y social de una España que arrastraba tantas inmundicias del pasado, entre las cuales se hallaba el centralismo burocrático de la monarquía, sino a dar a la burguesía catalana un margen relativo de autonomía en la órbita estrecha de sus propios asuntos regionales, "en concordia" con la sórdida realidad de la España surgida de la Restauración.

Los dos "caballos" políticos de la Lliga serán, por una parte, el respeto de la legalidad y, por otra, la "moralización" electoral ... en Cataluña, en oposición al caciquismo generalizado, por el cual las mayorías parlamentarias y el control de las instituciones locales eran dirigidas y "hechas" directamente desde Madrid, en el Ministerio de Gobernación. Pero si en Cataluña la eliminación del caciquismo acompañó la organización política autónoma de la burguesía en una región predominantemente industrial - el proletariado por su parte estará influenciado en su gran mayoría por el "apolitismo" anarquista -, su liquidación en las regiones agrícolas (principalmente en Andalucía y Extremadura) suponía la revolución agraria, de la cual los nacionalistas catalanes y vascos jamás quisieron saber de nada.

La "gran conquista" del nacionalismo catalán en los treinta primeros años del siglo fue la "Mancomunidad" (1913), simple organización de carácter administrativo que no quitaba al Estado central ninguna atribución que no hubiera ya concedido a las Diputaciones provinciales. Esta organización, que agrupaba a las cuatro diputaciones catalanas, permitía a la burguesía local administrar la política de comunicaciones, de transportes, los servicios públicos, las finanzas locales y la educación. El hecho de que su primer presidente haya sido precisamente el ideólogo y jefe del nacionalismo catalán, Prat de la Riba, reducido así a recoger las prebendas que el Estado central se dignaba a otorgarle, es la expresión más elocuente de la cobardía de la burguesía catalana y del nacionalismo que la representaba.

El levantamiento obrero que tuvo lugar en Cataluña contra la guerra de Marruecos, en Julio de 1909, no era como

burguesía catalana ha elevado siempre los grandes problemas históricos : ; al balance anual de entradas y salidas!

para cambiarle las agallas a una burguesía "que no olvidó la experiencia" y que "comenzó a aspirar por una política de mano de hierro y de orden público a toda costa" (21), en un país que había entrado en un proceso acelerado de industrialización (22).

La Comuna de París había echado atrás a la burguesía catalana; la "Semana Trágica" de 1909 resucitó dramáticamente el espectro de su pesadilla histórica; y la Revolución de Octubre, ocho años más tarde, no hizo más que acentuar sus rasgos congénitalmente contrarrevolucionarios.

LA MONARQUÍA EN CRISIS-APOYO DEL CATALANISMO AL ESTADO CENTRAL
CAPITULACION DE LA SOCIALDEMOCRACIA
ANTE LA POLÍTICA BURGUESA

En el año 1917 la confluencia de dos grandes factores antagónicos suscita una crisis de la monarquía: el alza del movimiento obrero como resultado de los efectos internacionales de la guerra, y la descomposición acelerada del régimen de la Restauración como consecuencia de la participación creciente y estructurada de las clases en la vida política.

Esta crisis se refleja en la tendencia del ejército a participar directamente en los asuntos institucionales y políticos, así como en la tentativa de la burguesía catalana por intervenir directamente para salvar la continuidad fundamental de la monarquía gracias a un remodelamiento de pacto establecido entre la oligarquía de Madrid y la burguesía de Cataluña (23).

Contra el aumento vertiginoso de la carestía de la vida y la guerra de Marruecos, el proletariado desencadena en 1916 un torrente de movimientos, y los militantes sindicales de la UGT, contra la voluntad de sus dirigentes, imponen un

(21) Vivens Vives, "Historia de España y de América", vol. V, Barcelona, 1974, p. 340. Por su parte, Cambó, jefe político del nacionalismo catalán, reconoció públicamente en diciembre de 1911 que la burguesía catalana "se hallaba más dispuesta que antes a contentarse con el pacto secreto que habían sellado Barcelona y Madrid; pacto que convertía a Castilla en tributaria económica de Cataluña, y a Cataluña en tributaria política de Castilla" (citado in G. Bréhan, "El laberinto español", Ed. Ruedo Ibérico, París, 1962, p. 53).

(22) El consumo industrial de energía eléctrica pasa de 21 millones de kW/h en 1901 a 119 millones en 1912. La población activa en la industria pasa de 1,1 millón en 1910 a 1,6 millones en 1920 y a 2,2 millones en 1930.

(23) Cambó declaró que "teniendo en cuenta las circunstancias que atraviesa la nación, lo más conservador que se puede ser es ser revolucionario" (Citado en G. Brenan, op.cit.p. 47).

plan de lucha (24). Desde el mes de Julio, un pacto de acción liga a la UGT con la CNT, que se encaminan hacia un movimiento general e ilimitado del conjunto del proletariado. Tres meses de atentismo, los preparativos comienzan a precisarse en marzo de 1917. Lo que provocó este cambio de actitud de los dirigentes de la UGT fue la aparición de las Juntas Militares y la proclamación de la burguesía catalana de su intención de entrar en el gobierno.

Las Juntas Militares surgieron sobre la base de reivindicaciones corporativas del cuerpo de oficiales, y exigían "el respeto de los Poderes constituidos y la disciplina" militar en ese ejército que era un pilar esencial de todo lo que podía haber de más retrógrado en España (25). Y fue sobre ese movimiento de la casta militar que la Lliga Regionalista, los republicanos reformistas, los republicanos de Lerroux (que había estado a sueldo de Madrid) y los socialistas del PSOE - que arrastraron en este terreno también a los anarquistas de la CNT - quisieron apoyarse para reformar y llevar al poder a un bloque nacionalista-republicano, e incluso con franjas de los viejos partidos de la Restauración (los conservadores de Maura).

La Lliga convocó para el 19 de Julio a una Asamblea de Parlamentarios en Barcelona, a fin de exigir la apertura inmediata de las Cortes en vigor como Cortes Constituyentes, las que hubieran debido otorgar una autonomía acrecentada para Cataluña y estabilizar el régimen gracias al bloque político mencionado. En tanto, a pesar de los intentos del PSOE y de la UGT para parar el movimiento huelguístico, a fin de que la burguesía no se espantase (26), las huelgas crecen en intensidad.

(24) "No revelamos ningún secreto si decimos que Isidoro Azevedo, defensor de aquella propuesta, ni creía en el triunfo de la misma ni tenía esperanzas en la unión con las fuerzas anarquistas. Se trataba de un compromiso adquirido en Asturias, y lo que hubiera deseado es que los hombres representativos de la UGT se hubieran opuesto a la iniciativa de la delegación asturiana" (Andrés Saborit, "Julián Besteiro", citado en J. Maestre, "Huelga General de 1917", Ed. ZYX, pp.14-15).

(25) Compuesto principalmente por castellanos y andaluces, el cuerpo de oficiales contaba en 1923 con uno de los suyos por cada ocho soldados de tropa, y en 1898 había un general por cada cien hombres. A la imagen de Castilla, con su porcentaje aplastante de "hidalgos" en la población, los puestos del Estado (burocracia y ejército) fueron tradicionalmente un "coto de caza" de todo ese magma de parásitos y sanguijuelas.

(26) Desde el mes de Junio se estableció un pacto PSOE-republicanos para obtener un gobierno dirigido por Melquiades Álvarez, con la participación de Pablo Iglesias del PSOE como Ministro del Trabajo. En el Comité de enlace figuraban Alejandro Lerroux (!), Largo Caballero (del PSOE) y los anarquistas Angel Pestaña y Salvador Seguí.

Ante el ímpetu proletario, y contra su voluntad (27), los socialistas y anarquistas decretan la huelga general, no para entablar una batalla que, ganada o perdida, pudiese reforzar la continuidad de la lucha del proletariado, preservando su independencia de clase, sino como furgón de cola de las Juntas Militares y de la Asamblea de Parlamentarios (28).

La huelga general expresaba un ímpetu obrero que no buscaba una vía de entendimiento con la burguesía, sino la vía de la defensa proletaria que iba dirigida simultáneamente contra el Estado y contra la explotación desenfrenada de la burguesía industrial. Ella fue de una violencia extrema, y la represión fue tanto mayor cuanto que el proletariado no había sido preparado a ella, ocupados como estaban sus dirigentes en no ir más allá de los límites legales establecidos por la burguesía misma (29).

El alineamiento completo del ejército detrás del gobierno y la imposibilidad por parte de los socialistas de contener a sus bases obreras, borraron hasta las lastimosas aspíraciones de la burguesía catalana, y el gobierno que se forma a continuación, que incluye a todos los jefes de los grandes partidos monárquicos (Maura, Romanones, Alba, La Cierva - el carnicero de la "Semana Trágica") cuenta con la participación del delegado de la Lliga Regionalista, Cambó. En función de la exigencia de su lucha contra las masas proletarias, el nacio-

(27) "Pablo Iglesias es favorable solamente a la huelga de solidaridad y pacífica con los ferroviarios, pero los demás, Besteiro, Anguiano, etc., ven que no es posible conternerla y que hay que largarse a la huelga general" (J. Aisa y V. Arbeloa, "Historia de la UGT", Ed. Zero, 1975, p. 71).

(28) Dice el "Manifiesto-Programa" de la huelga general:

"Ha llegado el momento de poner en práctica, sin vacilación alguna, los propósitos anunciados por los representantes de la UGT y de la CNT en el manifiesto suscrito por estos organismos en el mes de marzo último.

"Durante el tiempo transcurrido desde esa fecha hasta el momento actual, la afirmación hecha por el proletariado al demandar como remedio a los males que padece España un cambio fundamental de régimen político ha sido corroborada por la actitud que sucesivamente han ido adoptando importantes organismos nacionales, desde la enérgica afirmación de la existencia de las Juntas de Defensa del Arma de Infantería (...) hasta la Asamblea de Parlamentarios (...).

"Y esta magna movilización del proletariado no cesará hasta no haber obtenido las garantías suficientes de iniciación del cambio de régimen, necesario para la salvación de la dignidad y del decoro nacionales (...).

"Ciudadanos: No somos instrumento de desorden (...). Aceptamos una misión de sacrificio por el bien de todos, por la salvación del pueblo español, y solicitamos vuestro concurso. ¡Viva España!"

(29) Cuando más tarde se discutirá en las Cortes acerca de la Huelga de Agosto, Indalecio Prieto, dirigente del PSOE, declaró: "Es cierto que dimos armas al pueblo y que pudi

nalismo catalán entra por primera vez en el gobierno - como aún lo hará más tarde en 1922 - para reforzar la monarquía y, por encima de ella, al Estado central.

El año 1917 constituye un viraje histórico en España, pero no en el sentido en que la burguesía catalana renunciase definitivamente entonces a una revolución democrático-burguesa que hubiera debido destruir, en particular, el centralismo burocrático de Madrid, por la simple razón que ya había renunciado a ella desde la Restauración. El viraje reside en el hecho bien diferente de que, tras haber dado inicio en 1910 a la clásica política reformista de alianzas electorales con la "izquierda burguesa", y después de declararse partidario de las potencias aliadas en la I Guerra Mundial, la socialdemocracia inaugura aquí la política consistente en canalizar la lucha proletaria en apoyo a cambios ministeriales, "cambios" que no alteraban para nada ni siquiera las gan grenas que perdurarían del pasado preburgués. La burguesía con sigue darse así correa de transmisión en las filas obreras, dando inicio a las primeras maniobras de una estrategia política que cristalizará 14 años más tarde con la proclamación de la II República.

1917 es la primera de una terrible serie de derrotas del proletariado español que resultan de su doble encadenamiento a la democracia burguesa y a los movimientos nacionalistas periféricos, y que culminarán en la guerra civil de 1936-1937.

El alza de las luchas del proletariado europeo, que se repercutirá dramáticamente en España en un combate a muerte y sin cuartel entre los obreros y las escuadras blancas patronales entre los años 1919-1923, y la crisis general de la monarquía (30) arrojarán al nacionalismo catalán en los brazos del sostén más sólido del Orden, es decir, del ejército, quien impone una dictadura militar (31).

El régimen de Primo de Rivera, que preludia el desmoronamiento de la monarquía, es un régimen de transición. Representa la continuidad respecto al pasado gracias al mantenimiento del "acuerdo secreto" sellado históricamente entre Madrid y Barcelona, cuyo estricto cumplimiento exigía, en particular, la represión de la actividad de los movimientos políticos catalanes y vascos que hacían hincapié en los problemas de descentralización política o de reordenamiento de la

dimos vencer en la contienda, pero no le dimos municiones. ¿De qué os quejáis, pues?" (Citado en J. Mestre, op. cit., p. 46).

(30) De 1917 a 1923 hubo en España trece crisis ministeriales totales y treinta parciales.

(31) "En Cataluña, la Lliga recibió el pronunciamiento con satisfacción no disimulada", escribe J. Rossinyol, agregando que, "espantada por la fuerza de los anarquistas (los adherentes a la CNT superan el millón) y por la exaltación creciente de las clases proletarias, ella invoca desde hace mucho tiempo un régimen fuerte a fin de terminar rápidamente con el marasmo económico y la confusión (sic) social vigentes en las comarcas catalanas" (op. cit., p. 556)

estructura estatal. Pero, al mismo tiempo, echa un puente hacia el avvenir, haciendo participar desde entonces al PSOE, por intermedio de la UGT, en los engranajes del Estado, en los "comités paritarios". Largo Caballero, secretario general de la UGT, llegará hasta ser nombrado Consejero de Estado.

La crisis del régimen militar, incapaz de enfrentar por sí solo los enormes problemas políticos, económicos y sociales que maduran y se desencadenan en España dentro del marco general de toda la crisis del capitalismo europeo y mundial, provocará el derrumbe indoloro de la monarquía. "La cuestión, dirá Trotsky, fue resuelta por las enfermedades de la vieja sociedad y no por las fuerzas revolucionarias de una sociedad nueva". La República surge, no como resultado de una lucha contra el Viejo Régimen, sino como la única estrategia de recambio de las clases dominantes capaz de enfrentar al proletariado revolucionario y, simultáneamente, capaz de asegurar la continuidad fundamental del Estado, el centralismo de Madrid y su "acuerdo secreto" con Barcelona, y la sórdida realidad del campo español. Ello lo conseguirá con la participación de la socialdemocracia en el Estado, sometiendo así grandes masas obreras a la política burguesa, y con la organización y movilización de las masas burguesas y pequeño-burguesas en las regiones industrializadas del país por parte de movimientos políticos basados en las reivindicaciones independentistas de los nacionalismos periféricos.

¿Contradicción? Es de esas "contradicciones" dialécticas que se alimenta la historia de la lucha de clases. Los movimientos políticos nacionalistas periféricos, necesariamente burgueses, nutridos por las tendencias del capitalismo hispano, que se ha irradiado precisamente desde regiones con nacionalidades diferenciadas, han sido dialécticamente instrumentos y puntales del centralismo español, apoyado como barrera suprema contra la Revolución.

ORIGENES Y CARACTERISTICAS DEL NACIONALISMO VASCO

La impotencia e ignominia del nacionalismo catalán son las de la burguesía industrial catalana; la una es la sombra de la otra. Pero, en cierto sentido, el nacionalismo catalán nace "en fase" con el desarrollo histórico, aunque éste lo condense sin recurso, como a la clase que aquél representa. En cambio, el nacionalismo vasco nace con una fase de retraso.

El despertar de la nacionalidad vasca, mantenida - en cuanto homogeneidad de lengua, usos y costumbres - por el aislamiento tardío de sus provincias respecto al resto de España (32), no es el instrumento de una revolución burguesa as

(32) Dejando de lado la autonomía política y adminis

cedente, sino el de la Vendée española contra las timoratas transformaciones burguesas en el curso del siglo XIX.

El apoyo más sólido al carlismo será precisamente el País Vasco (aunque también lo encontrará en las regiones más retrógradas de Cataluña). En sus dos guerras, la última finalizará en 1876, el carlismo arrastra tras el intento de restauración de la monarquía absoluta más arcaica a las amplias masas vascas compuestas por pequeños campesinos propietarios y arrendatarios, y por artesanos urbanos, cuya estabilidad social precapitalista estaba amenazada por la desamortización de las tierras comunales y por la supresión de las aduanas interiores. Es un hecho que en el siglo XIX, desde la primera guerra carlista, la "fidelidad" del País Vasco a la corona de Castilla estaba asegurada por la presencia de las guarniciones militares en Bilbao y San Sebastián.

El apoyo vasco al carlismo expresa la lucha de una nacionalidad contra un Estado extranjero que, al romper el status quo, trata de extender sus redes sobre ella. Este apoyo ha de ser puesto al pasivo de las transformaciones blancas de la monarquía; sólo una revolución democrática radical, que hubiera hecho volar en pedazos a la clase de los terratenientes, y que hubiese asegurado la total igualdad de derechos entre las nacionalidades de España, habría podido reducir al mínimo el apoyo vasco a la Vendée feudal y asegurar una base revolucionaria a la unidad nacional española. En ausencia de una clase capaz de llevar adelante tal lucha - el proletariado era aún social y políticamente inmaduro -, las masas vascas se transformaron en lo que Engels llamaba - refiriéndose a los esclavos del sur - una nacionalidad reaccionaria, que marchaban de la mano con la monarquía carlista y con la Iglesia, reducidas a reivindicar un retorno al régimen preburgués de antaño.

La derrota de la II Guerra Carlista trajo consigo el servicio militar obligatorio y la incorporación de las tres provincias occidentales (Vizcaya, Guipúzcoa y Alava) en la estructura regular jurídico-administrativa del Estado español. A pesar de ello, las provincias vascas conservarán una autonomía impositiva gracias a los "conciertos económicos" que limitaban la tasa fiscal a una cuota fija correspondiente a las tres provincias, en tanto que la recaudación y distribución de los impuestos se dejó en manos de las Diputaciones provinciales. Además del hecho de que el peso fiscal era aquí el más bajo de España (en 1927 era proporcionalmente menos de la mitad de la carga fiscal de los demás españoles), la burguesía naciente cuenta con un poderoso instrumento de control económico y fiscal, que ella utiliza para descargar, de sus espaldas el peso tributario del Estado (ya que la Diputación era libre de echar indistintamente las cargas fiscales sobre los consumos o sobre los beneficios). La burguesía vasca, que se desarrolla vertiginosamente a partir de 1876,

trativa, e incluso tributaria, que gozaban las provincias vascas, la ausencia de vías de comunicación y las aduanas interiores mantenían dichas regiones - hasta muy entrado el siglo XIX - en el ámbito de economías preponderantemente cerradas.

creando una potente industria pesada, se halla mucho más "satisfecha" que la catalana. La política del Estado es de total apoyo a las industrias "locales", que le devuelven la atención (33). Ella llega hasta obtener la "concertación de las utilidades" de las compañías navieras realizadas fuera del País Vasco, dentro o fuera de las fronteras españolas. Potencia financiera e industrial de primer orden que goza con privilegios administrativos, impositivos y económicos, la burguesía vasca no representó ni siquiera una simple fuente de fricción dentro del régimen de la Restauración.

La burguesía vasca, que había sido extranjera al carlismo, se mantendrá también extranjera al nacimiento del nacionalismo vasco. Más aún, este último nació como ideología preburguesa. En el plano político, la obra de su fundador, Sabino Arana, fue la de disociar hacia fines de siglo el movimiento vasco contra el Estado español del carlismo, guardando empero de este último su carácter reaccionario y utópico de retorno a la "arcadia" preburguesa y su sólida alianza con la Iglesia Católica, puntal del centralismo español (34).

El nacionalismo vasco es heredero del más cerrado clericalismo y exclusivismo nacional, y fundó su ideología no en el concepto burgués de nación, sino en el de raza (atestado por el apellido (!), como corresponde a la mentalidad notarial de un pequeño burgués reaccionario). Nace en Bilbao y el programa político de la organización de S. Arana, fundada en 1895, reivindica la "integridad esencial de la Leyes Tradicionales" vascas, la "restauración de los buenos usos y las buenas costumbres de nuestros mayores", la "raza euskeriana", la "perfecta armonía y conformidad entre el orden religioso y el político; entre lo divino y lo humano" y la "completa e incondicional subordinación de lo político a lo religioso; del Estado a la Iglesia". Arana iba hasta exigir la prohibición de los matrimonios "interraciales" y el total aislamiento de los "extranjeros" respecto a los "nativos". ¿Cómo extrañarse de que hasta los simples reformistas de la II República los hayan tildado de "cavernícolas"?

Impulsado gracias al apoyo motor del clero vasco, que ve en él un instrumento de organización de las masas en las zonas industriales, allí donde el carlismo no prende más, y en particular de organización de los obreros contra el socialismo y el anarquismo dominantes, el nacionalismo debe sufrir una transformación para adaptarse a las necesidades de la

(33) "Todos (los sectores burgueses industriales, grandes y pequeños) crecen bajo el proteccionismo, son ayudados una vez más por las leyes arancelarias de 1896, y bendicen a Cánovas" (Beltza, "El nacionalismo vasco (de 1876 a 1937)", Ed. Mugalde, Hendaye, 1974, p. 53).

(34) "Si no puede ser otra cosa mientras los montes de Bizkaya tengan hierro en su seno, ¡plegue a Dios se hundan en el abismo y desaparezcan sin dejar huella todas sus minas! (...) Fuese pobre Bizkaya y no tuviera más que campos y ganados, y seríamos entonces patriotas y felices" (Cita de un escrito de S. Arana, in Ortzi, "Historia de Euzkadi: el nacionalismo vasco y ETA", Ed. Ruedo Ibérico, 1975, p.131).

burguesía. Dado que su mercado interno era España, lo máximo que ésta podía llegar a reclamar en sus transacciones con el Estado central era una relativa autonomía político-administrativa. La conversión ecléctica de los "independentistas intransigentes" en "regionalistas prácticos" se realiza rápidamente, asumiendo visos místicos (como es debido en boca de un fraile) (35).

La aparente contradicción entre el principio nacionalista pregonado y la actividad política real, que no apunta a la constitución de un Estado nacional, será salvada con un viejo truco: el establecimiento de un "programa máximo", de independencia total, y uno "mínimo", de autonomía regional dentro del Estado español. No se trata de una contradicción desde el punto de vista marxista: el segundo representa un instrumento del regateo en el seno de las clases dominantes; el primero es un factor de propaganda, de exclusivismo nacional, de división del proletariado y de organización de las "masas trabajadoras" en función contrarrevolucionaria (36).

A pesar del avance del movimiento nacionalista entre los campesinos de las provincias más industriales, entre los empleados, tenderos y pequeños empresarios, y algunas fracciones muy reducidas de obreros vascos, la gran burguesía no le presta su apoyo, aunque algunos de sus representantes comprenden desde temprano su potencialidad conservadora y su futura importancia ante la crisis de la monarquía que se abre

(35) "Con autorización de Arana, el semanario La Patria, único órgano de los nacionalistas, informaba el 22 de junio de 1902 que Arana "propónese desistir de continuar llamando a sus contemporáneos al nacionalismo, recomendar a los que hasta el presente han acudido, reconozcan y acaten la soberanía española y pedirles un último voto de confianza para redactar y exponerles el programa de un nuevo partido vasco que sea a la vez español, que aspire a la felicidad de este país dentro del Estado español, que camine hacia ella sin quebrar la legalidad presente". Al día siguiente, Arana escribía una carta privada a su hermano Luis: "(...) Mi consejo es éste: que hay que hacerse españolistas y trabajar con toda el alma por el programa que se trace con este carácter. A mi modo de ver, la Patria nos lo exige. Esto parece un contrasentido; pero si en mí se confía, debe creerse" (S. Payne, op. cit., pp. 99-101).

(36) Lo dijo bien un teórico nacionalista "intransigente", el capuchino navarro Evangelista de Ibero (otro fraile, cuando no...): "No es precisamente la independencia lo que salva a un pueblo; sino el amor a la independencia. Que restaure, pues, Euzkadi su lengua; que purifique su raza; que se aisle cada día más del extraño en carácter y costumbres; que recobre su antiguo fervor religioso; que muestre en todo momento y ocasión sus aspiraciones a ser libres; esto basta para que Euzkadi sea salva, y dure, y se perpetúe vigorosa y lozana hasta el final de los siglos" (Citado en S. Payne, op. cit., p. 104). Elegante manera de afirmar que el nacionalismo vasco no se proponía la independencia nacional sino la conservación social a secas.

con el fin del siglo.

o c o

La actividad política del Partido Nacionalista Vasco (PNV) es un modelo en su género. En 1906 encabeza una campaña clerical a nivel de todo el Estado español. En 1911 funda "Solidaridad de Obreros Vascos" (SOV), organización sindical blanca; el proletariado combatirá encarnizadamente esa organización inspirada en el sindicalismo católico, que se propo- nía educar "sus voluntades, inclinándose al más fiel y celo- so cumplimiento de sus deberes como obreros y como vascos", y que - más tarde - colaborará con la dictadura de Primo de Rivera.

Desde su inicio, el flamante nacionalismo hace suya una tradición histórica jamás desmentida: el recurso a las grandes potencias imperialistas. En 1902, desde la cárcel, donde fue a parar por bendecir a los EE.UU. por "liberar" a Cuba de la dominación española, S. Arana envía un telegrama al primer ministro británico, felicitándolo por su victoria sobre los boers sudafricanos, expresando al mismo tiempo la "esperanza" de que el yugo británico sobre éstos fuese "lige- ro", ofreciendo "protección más que dominio, como para o- tros pueblos coloniales igualmente afortunados"! (37).

La cuestión internacional jugará en la historia del nacionalismo vasco un papel de primera magnitud. Las friccio- nes entre los "nacionalistas intransigentes" (que hacían hin- capié en la propaganda por el "programa máximo") y los "colā boracionistas" (que centraban la actividad política en el "programa mínimo"), jamás tuvieron de por sí mayores conse- cuencias; pero, en cambio, la primera guerra mundial, que llevó a los primeros a apoyar a los Imperios Centrales, y a los segundos a los Aliados, suscitó la escisión en el PNV, el que se volvió a reunificar una vez que la guerra concluyó. Finalmente para tratar de conseguir la autonomía regional, e sos beatos de la "no violencia" se remitieron a las potencias vencedoras - "no violentas", como todos saben -, enviando una delegación a la Conferencia de Versalles.

Una escisión del PNV, la Acción Nacionalista Vasca (ANV), no confesional, no se propondrá tampoco como objetivo más que un Estatuto de Autonomía, y sin ningún tipo de inde- pendencia política trotará detrás del PNV y de los republica- nos, como veremos más adelante en el período de la II Repú- blica.

En la primera posguerra, en plena ola revolucionaria europea, el nacionalismo vasco se ofrece un brote de "lucha de clase", puramente romántico y retórico, rozado por el e-

(37) S. Payne, op. cit., p. 99.

lectrizante ambiente de luchas proletarias que conmueven al Viejo Continente. No era difícil en esos años dejarse llevar por la demagogia "revolucionaria" si se quería "morder" en el proletariado. 15 años más tarde, cuando se desencadenará la guerra civil, el representante de esa corriente, Elías Gallaitegui, presidente de la Juventud Nacionalista de Vizcaya, irá hasta oponerse a la participación "de los vascos" (y del proletariado vasco, por consiguiente) a una lucha contra la ofensiva franquista (38).

Puntal de la no violencia y de la legalidad (el PNV no tuvo ni siquiera nada que ver con el advenimiento de la II República), campeón de ese bastión de la contrarrevolución y del centralismo madrileño que es la Iglesia Católica, con capacidad de organización de las masas vascas gracias a la reivindicación de la nacionalidad y de un programa que es mezcla de clericalismo y de demagogia "social", el nacionalismo vasco, en el preciso momento en que todas las fuerzas políticas tradicionales ligadas a la monarquía se desploman, se convierte en la única fuerza burguesa estructurada y consistente en las provincias industriales de Vizcaya y Guipúzcoa, y se vuelve el bastión local del status quo político y social. Y la dialéctica histórica hará que ese nacionalismo, puesto de hecho - y contra su voluntad - a la cabeza de un Estado vasco, hará todo lo que estaba a su alcance por entregar Vizcaya y Guipúzcoa en manos "extranjeras", sea de potencias internacionales, sea del "odiado despotismo" español, esta vez encarnado en la moderna versión franquista. La Historia mostrará entonces que, aunque estéril contra el centralismo de Madrid, el nacionalismo vasco - como el catalán - posee una potencialidad temible contra la revolución proletaria.

(continúa)

(38) Ortzi, op. cit., p. 169.

A la memoria de Ernesto "Che" Guevara

"Toda nuestra acción es un grito de guerra contra el imperialismo y un clamor por la unidad de los pueblos contra el gran enemigo del género humano: los Estados Unidos de Norteamérica. En cualquier lugar que nos sorprenda la muerte, bienvenida sea, siempre que ése nuestro grito de guerra, haya llegado hasta un oído receptivo, y otra mano se tienda para empuñar nuestras armas y otros hombres se apresten a entonar los cantos luctuosos con tableteo de ametralladoras y nuevos gritos de guerra y de victoria."

El 8 de Octubre de 1967, Ernesto Che Guevara fue cobardemente asesinado por aquellos cuya destrucción había sido la razón de su lucha: el imperialismo americano y sus lacayos latinoamericanos. La fecha reviste un valor doblemente simbólico: por un lado, ella marca el reflujó de la ola antimperialista que sacudió América Latina después de la Segunda Guerra Mundial y, por otro, ella marca la reconsolidación del status quo que se consagra la dominación del imperialismo y de las fuerzas reaccionarias locales.

El Che fue el representante del ala campesina, popular, o mejor dicho, plebeya de esta ola insurreccional antimperialista; por eso fue que el imperialismo y sus lacayos desplegaron, en una feroz caza al hombre, fuerzas militares desproporcionadas respecto al peligro que un puñado de combatientes aislados en la selva amazónica podía representar para su dominación: la cabeza del símbolo viviente de la revolución democrática antimperialista simbolizaba para ellos la victoria de la contrarrevolución.

Pero a pesar del sacrificio sangriento que significó esta victoria, las fuerzas históricas encarnadas por el Che deberán renacer necesariamente como producto de las contradicciones mismas de la dominación imperialista y del desarrollo del capitalismo en América Latina.

LA "REVOLUCION LATINOAMERICANA"

Lo que se llama la "revolución latinoamericana" se inscribe en el cuadro de la ola antimperialista que tras la Segunda Guerra mundial sacudió los tres continentes sometidos al yugo del imperialismo, como resultado de los trastornos momentáneos de las relaciones burguesas y preburguesas de dominación que provocó ese verdadero cataclismo social que fue el conflicto imperialista. Nacional-democrática, por lo tanto pluriclasista, esta ola no alcanzó por cierto en todas partes la misma radicalización, siendo ésta función de la clase que predominó.

En América Latina, la ola antimperialista fue generalmente canalizada por el reformismo más vulgar, el que pretendía realizar la modernización de la sociedad y la independencia nacional sin derribar por la violencia las instituciones que consagran la dominación de las clases reaccionarias y del imperialismo. El antimperialismo de este "reformismo constitucionalista" se redujo, en los hechos, a una cobarde tentativa de negociar con el imperialismo y con las antiguas clases reaccionarias autóctonas relaciones más provechosas para la "burguesía nacional". El Brasil de Goulart, la Argentina de Perón y, más tarde, el Chile de Allende, son ejemplos elocuentes de este reformismo impotente.

Fue solamente cuando éste movimiento se apoyó en el campesinado revolucionario (sobre todo en el campesinado pobre y sin tierras), es decir, en el ala extrema de la democracia pequeñoburguesa, que llegó a adquirir, como en Cuba, un carácter radical (1). El hecho de enfrentarse con el imperialismo más poderoso del mundo, y precisamente en su retaguardia (su "cimiento colonial", según la expresión de la In

(1) El papel de propulsor de la democracia pequeñoburguesa que ha jugado el campesinado está muy bien ilustrado en el texto de Guevara sobre "El papel social del ejército rebelde", del cual citamos aquí algunos pasajes (traducidos de Oeuvres révolutionnaires, II, Ed. Maspero, Paris 1968, pp. 25 y 26): "Cuando los campesinos (o los guajiros) adhirieron a la lucha armada para reivindicar la libertad y la justicia social, apareció la palabra mágica que habría de movilizar las masas oprimidas de Cuba en la lucha por la posesión de la tierra: la Reforma Agraria. (...) Fue allá (en la Sierra Maestra) que se hizo el primer ensayo de repartición de tierras siguiendo un reglamento agrario redactado principalmente por el Dr Humberto Sorí Marín y Fidel Castro, y en el cual yo/.

ternacional Comunista), empujó la revolución nacional-democrática cubana a una mayor radicalización que la convirtió en los hechos, por un corto período, en la punta de lanza de la ola antimperialista. En su breve fase revolucionaria, Cuba se esforzó para darle a la lucha antimperialista, sea en Latinoamérica como en el conjunto de los continentes coloniales, objetivos programáticos homogéneos y unitarios. De este esfuerzo nacieron la Tricontinental (Enero de 1966) y la Organización Latinoamericana de Solidaridad (Agosto de 1967).

LA OLAS Y LA TRICONTINENTAL

Fundada dos meses antes de la muerte del Che, la OLAS constituye el punto culminante del movimiento revolucionario popular burgués en América Latina. Ella y el Che se identifican totalmente, aun cuando durante su fundación el Che ya se encontraba en el corazón de la selva boliviana.

Los revolucionarios burgueses que se agruparon para organizar la OLAS tienen el inmenso mérito de haber establecido una cuestión histórica de primera importancia, que ya la Internacional de Lenin había planteado desde el punto de vista más elevado de la estrategia proletaria comunista internacional: la trascendencia y el carácter continental de la revolución en América Latina, debido a la uniformidad de las condiciones generales, determinadas por la dominación imperialista sobre una estructura social caracterizada por el

.../tuve el honor de colaborar. Las tierras fueron distribuidas revolucionariamente a los campesinos; las grandes propiedades pertenecientes a servidores de la dictadura fueron ocupadas y distribuidas y todas las tierras del Estado llegaron poco a poco a ser propiedad de los campesinos de la región. Había llegado el momento en que nos definimos plenamente como un movimiento campesino estrechamente ligado a la tierra bajo las banderas de la Reforma Agraria.(...) La Reforma Agraria llegó a ser la punta de lanza del Ejército Rebelde. Y esto no fue una maniobra demagógica: simplemente, al cabo de veinte meses de Revolución, los lazos entre dirigentes y masas campesinas habían llegado a ser tan estrechos que empujaron a veces la Revolución a actuar de manera imprevisible. No fuimos nosotros quienes inventamos la Reforma Agraria, más bien fueron los campesinos quienes nos empujaron a hacerla. Nosostros los convencimos de que la victoria era segura si ellos se armaban y organizaban, y si dejaban de temer al adversario. Los campesinos por su lado, que tenían muy buenas razones para hacerlo, impusieron la Reforma Agraria a la Revolución, la confiscación del ganado bovino, y todas las medidas de carácter social que fueron tomadas en Sierra Maestra."

arcaísmo del sector agrario y sofocada por el peso retrógrado del latifundio. Las "Tesis de la delegación cubana" presentadas en la I Conferencia de la OLAS, que comienzan proclamando que esta conferencia "constituye (...) una declaración de guerra a muerte al imperialismo y a las oligarquías de América Latina", establecen: "La lucha de clases tiene un carácter continental; por esto, la estrategia revolucionaria también debe ser continental. En todo el continente, es el mismo sistema imperialista y neocolonialista que nos explota" (2).

La OLAS funda esta estrategia en el principio de la violencia revolucionaria, rompiendo abiertamente con el reformismo pequeñoburgués legalista y pacifista, incapaz de ir más allá de la cobarde contemplación del trasero de las "burguesías nacionales": "La violencia es una gran partera de la historia. Nosotros debemos volver a dar a la palabra revolución su verdadero sentido. Revolución quiere decir reemplazar la clase en el poder, cambio radical del Estado" (3).

El objetivo programático de la revolución era enunciado así: "El primer objetivo de la revolución popular (como puede verse, el texto no encubre que se trata de hecho, no de una revolución proletaria, sino de una revolución democrático-radical, popular-nacional - ndr) en el Continente es la toma del poder mediante la destrucción del aparato burocrático y militar del Estado, y su reemplazo por el pueblo armado para cambiar el régimen social y económico existente; dicho objetivo sólo es alcanzable a través de la lucha armada" (4), agregando que ésta deberá afrontarse a "los ejércitos y oligarquías, y aun a las propias fuerzas armadas del imperialismo que están dispuestas a intervenir como lo muestra la experiencia dominicana" (5). Para lograrlo, fueron llevados a tratar de definir el papel de las clases sociales, y a plantear el problema crucial de la dinámica de la lucha de clases al nivel de todo un área geo-histórica.

(2) OLAS, Cahiers libres 106-107, Maspero, Paris, 1967, p. 68.

(3) Ibid., p.69.

(4) Declaración general, ibid., p.141.

(5) Resolución sobre el punto I de la Agenda, ibid., p. 151. Para quienes tienen los oídos tapados por la cetera pacifista segregada abundantemente por el oportunismo, quien pretende que la revolución puede apoyarse en las alas "progresistas" del ejército, repitamos lo que la OLAS proclamaba en voz alta: "Con la revolución cubana se ha comprobado bien que el sostén fundamental de las oligarquías y del imperialismo son los ejércitos profesionales. Su destrucción es una condición previa al éxito de la revolución popular (es decir, democrática y burguesa, y con mayor razón pues en el caso de la revolución doble conducida por el proletariado - ndr), pues es el ejército de choque de nuestros enemigos de clase" (ibid., p.70).

Por cierto, la democracia revolucionaria, al ver en el "pueblo" una unidad histórica irreductible, no puede admitir - no sólo desde el punto de vista de la revolución socialista, sino también de la revolución burguesa - la idea misma de la independencia de clase del proletariado, tanto para asegurar contra sus aliados de la víspera las tareas ulteriores de la lucha de clase a nivel internacional, como para conducir "jus qu'au bout" la revolución contra el imperialismo y las escorias del pasado arcaico, combatiendo las inevitables oscilaciones de la democracia pequeñoburguesa. Del mismo modo, la democracia revolucionaria, sobre todo la que se apoya en una base campesina, no puede ir -en su concepción de la violencia organizada - más allá de la guerrilla, ni elevarse a la visión del Partido (que ella rechaza pues no lo concibe sino bajo la forma de una pequeña minoría de audaces) como el órgano esencial de esta violencia. Esos son los límites históricos del movimiento plebeyo, incluso del más radical, límites con los cuales el mismo Che habría de chocar.

Pese a todo, la OLAS tuvo el mérito de rechazar en términos resueltos la concepción menchevique, difundida por el reformismo stalinista en toda América Latina, definiendo las burguesías nacionales como incapaces de energías revolucionaria a escala continental y acusándolas de jugar el papel de lacayos del imperialismo y de "formar parte de las oligarquías que gobiernan la América Latina" (6).

Habiendo excluido categóricamente de las filas revolucionarias a la gran burguesía, íntimamente ligada al imperialismo y a la gran propiedad latifundista, la alineación de clases es así definida:

"En última instancia, las contradicciones de clase se polarizan en dos extremos: por una parte, los obreros, los trabajadores agrícolas, los campesinos pobres, las capas medias empobrecidas, los sectores fundamentales de los intelectuales progresistas y del estudiantado (no nos detenemos en este punto, que enmascara el hecho de que la frontera entre la vía reformista pasaba en el interior mismo de esta última capa, cuya aplastante mayoría se alineaba sobre la segunda-ndr) y por otro, la oligarquía nativa: burgueses y dueños de la tierra." (7).

En su célebre mensaje a la Tricontinental, el Che definió, con ese lirismo característico de los revolucionarios nacional-populares, el objetivo que estos deberían plantearse en las áreas atrasadas:

"En definitiva, hay que tener en cuenta que el imperialismo es un sistema mundial, última etapa del capitalismo, y que hay que batirlo en una gran confrontación mundial. La finalidad estratégica de esa lucha debe ser la destrucción del

(6) Ibid., p. 150.

(7) Ibid.

imperialismo. La participación que nos toca a nosotros, los explotados y atrasados del mundo, es la de eliminar las bases de sustentación del imperialismo: nuestros pueblos oprimidos, de donde extraen capitales, materias primas, técnicos y obreros baratos y a donde exportan nuevos capitales - instrumentos de dominación -, armas y toda clase de artículos, sometiéndonos en una dependencia absoluta".

Este movimiento no podía ir más allá del prefijarse, "como función táctica, la liberación gradual de los pueblos, uno a uno o por grupos, llevando al enemigo a una lucha difícil fuera de su terreno; liquidándole sus bases de sustentación, que son los territorios dependientes". Sin embargo, las diferentes luchas de emancipación nacional deberían haber estado subordinadas al objetivo supremo de la destrucción del imperialismo a nivel mundial: "cada pueblo que se libera es una victoria ganada en la batalla por la liberación de otro pueblo" (8).

Esta perspectiva es de una innegable trascendencia histórica si se piensa que fue la primera vez, después de la destrucción de la Internacional Comunista, que se llamó a la constitución de un movimiento revolucionario internacional que tuviera como objetivo derrocar, gracias a una verdadera guerra santa, al imperialismo mundial.

Por cierto que la única fuerza que puede asestar el golpe definitivo al imperialismo, esto es, el proletariado de las metrópolis, estuvo ausente en la visión del Che, que aunque fuese grandiosa no dejó de ser una visión democrática, y no proletaria y comunista. Pero, ¿cómo podía ser de otra manera si el proletariado mismo - y he aquí todo el drama de esta ola antimperialista - estuvo ausente como clase de la escena histórica, completamente desorganizado y paralizado por la contrarrevolución stalinista?

Por lo demás, la visión democrática, (incluso la más radicalizada) de la lucha antimperialista no puede alcanzar la comprensión materialista de las fuerzas de clase que entran en lucha, y menos aún reivindicar en ella la autonomía de clase del proletariado. Si el Che se consideró a sí mismo como un combatiente "del gran ejército del proletariado", es porque para él el proletariado es sinónimo de miserables y oprimidos en general, y no ante todo la clase de los sin reservas, de los proletarios en sentido estricto, de la industria y del campo, concentrados sobre todo en los centros imperialistas.

(8) E. Che Guevara, Obras 1957-1967, II, Ed. Maspéro, Paris, 1970, pp. 594 y 597.

La democracia revolucionaria no puede ver más allá del pueblo, en el cual las fronteras de clase se diluyen; por lo tanto ella no puede ver que sólo el proletariado, la única clase internacional, tiene la posibilidad material de unificar la lucha mundial contra el imperialismo. Dialécticamente, ella no puede superar la visión histórica y programática de la nación (siempre burguesa), ni la del combate antimperialista como un "frente único" de naciones revolucionarias que buscan una utópica "igualdad de naciones"; por lo tanto ella no puede ver que el proletariado es la única clase capaz de no subordinar su lucha a los principios nacionales, y que estos mismos principios vuelven vanas las tentativas de subordinar los movimientos burgueses revolucionarios a objetivos que sobrepasen los límites estrechos de las fronteras nacionales. Ella tampoco puede llegar a comprender que la destrucción del imperialismo supone la destrucción del mercado mundial y, en general, de todas las formas mercantiles, lo que no es posible con la sola emancipación del "Tercer Mundo", su poniendo que esto sea históricamente posible sin la revolución comunista en las metrópolis imperialistas.

Es cierto que el Che Guevara, entonces ministro cubano de economía, reflejando así las aspiraciones de las clases desheredadas a poner fin a la explotación y la opresión, llegó a formular confusamente la necesidad de destruir las relaciones mercantiles(9).

Pero, ¿podía él, en tanto portavoz de la democracia revolucionaria - y sólo de ella - llegar a superar esas proclamasiones generales y retóricas para reconocer que la única vía que lleva más allá de la economía mercantil es la revolución comunista, que no es interclasista sino de clase, que no es la nacional sino internacional? Sería utópico exigirlo,

(9) Es así que, polemizando con el muy oficial "Manual de Economía Política de la Academia de Ciencias de la URSS", de neto corte stalinista; el Che cuestiona que sea necesario "desarrollar y utilizar la ley del valor y las relaciones monetarias y mercantiles durante el período de construcción de la sociedad comunista", como lo prescribe dicho Manual. El Che replica: "¿Por qué desarrollar? Entendemos que durante cierto tiempo se mantengan las categorías del capitalismo y que este término no puede determinarse de antemano: pero las características del período de transición son las de una sociedad que liquida sus viejas ataduras para ingresar rápidamente a la nueva etapa. La tendencia debe ser, en nuestro concepto, a liquidar lo más vigorosamente posible las categorías antiguas entre las que se incluye el mercado, el dinero y, por tanto, la palanca del interés material o, por mejor decir, las condiciones que provocan la existencia de las mas" (Obras 1957-1967, II, p.272).

incluso si las capas más radicales de la democracia revolucionaria pueden aspirar intuitivamente a la eliminación de toda forma de explotación. Una reivindicación de este calibre, como aquella de la cruzada internacional de los pueblos oprimidos contra el imperialismo, es ya de por sí un llamamiento a superar los límites burgueses de la revolución democrática, hecho que sólo el proletariado mundial puede realizar, ligando la lucha revolucionaria de las masas desheredadas semicoloniales y coloniales a su propia lucha anticapitalista en las metrópolis.

Ante la ausencia del proletariado revolucionario mundial, la ola antimperialista no pudo sobrepasar los límites nacional-burgueses, para finalmente retroceder, dejando nuevamente el lugar al cobarde reformismo pequeñoburgués, que arrastra detrás suyo a los más amplios sectores de la democracia radical de antaño, incapaces de mantenerse consecuentemente en el terreno de la revolución. Cuba misma, en función de sus intereses nacionales, abandonó al Che a su destino, condeñándolo en los hechos y enterrando la bandera de la revolución democrática radical.

Además del hecho que el heroísmo de un puñado de guerrilleros no podía bastar para hacer renacer un movimiento de masas, la muerte del Che Guevara simboliza trágicamente la impotencia del radicalismo democrático revolucionario para superar con sus propias fuerzas, en ausencia del movimiento de clase proletario (y ahora que el movimiento campesino en reflujo no conoce más que algunos breves chispazos rápidamente apagados), sus propias contradicciones internas: nacionalismo burgués e internacionalismo antimperialista, interclasismo popular y radicalismo revolucionario.

o o o

Hoy en día, diez años después de la muerte del Che, se abre paso una nueva crisis imperialista, que no dejará de conmocionar nuevamente al infame status quo imperialista mundial. América Latina no escapará a estas conmociones, y una nueva ola antimperialista y antioligárquica deberá desarrollarse allí. Para que ella pueda satisfacer las aspiraciones de las amplias masas de los sin reservas de las ciudades y del campo, suprimiendo toda clase de opresión y de explotación, es necesario que el proletariado de las dos Américas se coloque a su cabeza y la integre en su propia lucha mundial contra la dominación del imperialismo -lo que no podrá lograrse si de antemano no se reconstruye la organización revolucionaria internacional, el partido comunista mundial.

Es para ello que nosotros trabajamos.

Nota de lectura

“Debate sobre los consejos de fábrica”

Para hacer conocer en España los escritos más significativos de Antonio Gramsci y de Amadeo Bordiga sobre la ideología del "Ordine Nuovo", publicados entre 1919 y 1920, y presentarlos como un Debate sobre los consejos de fábrica(1), no bastaba el prefacio de Alfonso Leonetti a la edición original italiana, dirigida a un público "político" en general. Noblesse oblige, era necesario que, desde la cátedra de la Universidad de Barcelona, el profesor Francisco Fernández Buey la completase con un "Prólogo" de 54 páginas, para uso y consumo de la intelectualidad en búsqueda de luces en la oscuridad de "un mundo en crisis", para retransmitirlas, estas luces, con todos los requisitos de la "ciencia nueva", al vulgo de los incultos por definición: los proletarios de la resurgida democracia ibérica.

El objetivo, pese a ser perseguido por vías diversas, era único: invertir, tomando como blanco aparente a Bordiga, toda la concepción marxista, y por lo tanto también "leninista", del proceso revolucionario, sustituyéndola con una concepción democrática, idealista, voluntarista, anti-partido y anti-dictadura, para justificar después el "marxismo creativo" y sus vías innumerables, pero todas democráticas y pacíficamente gradualistas, al "socialismo".

La cuestión central en la concepción marxista del proceso revolucionario no es la fábrica, sino el Estado. La Comu-

(1) Editorial Anagrama, Barcelona, 1977. La edición italiana, publicada con el mismo título, es de 1973. Extraño "debate", sin embargo, en el cual los argumentos bordiguianos contra la ideología del "Ordine Nuovo" no encuentran la mínima respuesta por parte del interlocutor-Gramsci!

na que Marx toma como modelo de la dictadura del proletariado, primer paso hacia la sociedad socialista, y que Lenin indica a los proletarios de Petrogrado en vísperas del Octubre, ha ya destrozado las barreras de la división por unidades de producción, por empresas y por categorías; es "gobierno de los productores" precisamente porque ha superado los límites de la "espontaneidad obrera", encerrada dentro de los límites de la lucha entre asalariado y patrono, para invadir los de las relaciones entre las clases, y, por consiguiente, del poder central, clave de una sucesiva transformación radical de la sociedad según las exigencias de producción y de reproducción de la especie. Por la misma razón y con el mismo fin, la "espontaneidad obrera", o, para usar el clásico término marxista, el "movimiento real", tiene necesidad del Partido, intérprete en el presente de su futuro y, en las contingencias de las luchas inmediatas y locales, de sus intereses generales e internacionales : órgano de dirección de los irresistibles impulsos que brotan de las contradicciones de la sociedad presente hacia el objetivo central del poder estatal, órgano de dirección hacia el socialismo después de la toma del poder en el marco de una lucha que tiene por teatro el planeta entero - ,no la nación y menos aún la fábrica! No de cualquier Partido, sino de aquél armado con la ciencia no sólo de la sociedad futura, sino del camino que conduce a ella, de las armas que se deben usar a lo largo de ese camino, de las formaciones enemigas que la clase deberá necesariamente derrotar, del ejercicio dictatorial del poder una vez conquistado el mismo, de sus intervenciones despóticas en las relaciones de propiedad como en las relaciones de producción, de su batalla por superar esa anarquía capitalista de la que la división por empresas no es más que el reflejo y, conjuntamente, uno de sus factores.

El objeto del debate teórico y práctico de 1919-1920 a escala internacional, no italiana, y menos aún napolitana o turinesa, no era - para el marxismo "ortodoxo", para Lenin y Trotsky como para Bordiga - la negación del papel de los organismos inmediatos que la clase se da en la "guerrilla cotidiana" con el capital, y que necesariamente calcan la condición del proletariado bajo la dominación burguesa. Era el reconocimiento que estos organismos se mueven en el surco de la revolución proletaria (y, por lo tanto, en perspectiva, del socialismo, en vez que en el surco de la pura y simple contienda por condiciones mejores de vida y de trabajo dentro de la sociedad presente), en la medida en que en ellos el Partido actúa, lucha, conquista una influencia decisiva en su seno, los abre a la comprensión de las finalidades máximas del comunismo y, desvinculándolos así de las estrecheces de la condición inmediata de la clase, los eleva a órganos, primero de la conquista del poder, después de su ejercicio, a través de una relación dialéctica que no es de banal "iluminación de las conciencias", sino de participación activa a la obra gigantesca de revolucionamiento de las relaciones de producción y de vida asociada.

No por casualidad Leonetti hace derivar la versión extrema del "ordinovismo" no de Marx, sino de un Marx "filtrado" a través de las doctrinas de Daniel de León y de los

IWW, y vuelto irreconocible precisamente por ello. El "ordovismo" invierte la pirámide marxista que tiene en su vértice al partido, ligado dialécticamente - pero en una escala descendente - ante todo a los soviets como órganos políticos y, por ende, no de empresa, después a los sindicatos como órganos económicos a base nacional, y por último a los consejos de fábrica como órganos económicos de empresa. En él son los consejos de fábrica los que se vuelven expresión "genuina" de la clase precisamente porque han surgido "en los lugares de producción", es por ello que en los consejos de fábrica residen "las raíces del poder proletario, del estado obrero" - ¡no ya mañana, sino desde hoy, en pleno régimen capitalista! Deriva de ello que no es el poder de Estado lo que el proletariado debe conquistar, sino la fábrica. Partiendo de aquí, el proceso revolucionario se configura como una extensión en el espacio y en el tiempo de la "democracia industrial" realizada en el lugar mismo en que los obreros disputan día a día al patrono las migajas del plusvalor engendrado por ellos. Al mismo tiempo desaparece de la escena no sólo el partido (si no, al máximo, como distribuidor de "ideas"), sino los soviets políticos, los soviets como lugares de encuentro de los proletarios de cualquier categoría y de cualquier empresa, empleados o parados, no divididos por barreras de sexo o de edad, vitalmente ligados al partido antes y después de la revolución, que asumen la aviesa fisonomía de "órganos estatales burocráticos que se superponen a las masas desde el exterior", expresiones de "un estatismo CONTRA EL QUE, precisamente, es tan llamados a luchar los órganos representativos" del proletariado (páginas 58-59, 64, 65).

¿Cómo asombrarse de que, en esta concepción, cuyas raíces se encuentran, por un lado en Proudhon, por el otro en Bakunin, la explicación de "ciertos (!!!) fenómenos, caracterizados por el estatismo y el burocratismo, tan lamentables", a los cuales hemos tenido y tenemos la desgracia de asistir "en el país de la revolución de Octubre", sea buscada en el "abandono" de la teoría (atribuida gallardamente a Lenin) del "autogobierno de la clase obrera" por medio de los consejos de fábrica, que constituyen el último escalón en la escala descendente fijada en las Tesis de la Internacional Comunista sobre el "Papel del Partido Comunista en la revolución proletaria"? ¿Cómo asombrarse de que, sin decirlo (ya que el decirlo significaría destronar de los altares al ícono-Lenin), se denuncie a Stalin como el heredero legítimo de la su perposición originaria del poder "estatal", del Partido y de los soviets, al "poder de la fábrica"? La debilidad de la Comuna de 1871 - Comuna sin embargo de París, no de los talleres dispersos dentro de sus muros - había sido la ausencia del Partido único y centralizado: no por casualidad, habiéndose apoderado osadamente del poder político, ella había temblado frente a su empleo autoritario, omitiendo otras cosas, de tomar posesión de ese nudo central económico que era la Banca de Francia - corazón y pulmón de cada fábrica, de cada emporio, de cada red de comunicación y transporte. La fuerza arrasadora de la Comuna de 1917 fue la de poseer el Soviet de Petesburgo y, en él, el Partido decidido a arrancarlo a las manos del oportunismo que estaba por estrangularlo, y a lanzarlo bajo su propia dirección contra la sede cen-

tral del Estado y de sus dependencias administrativas y económicas. Según el "ordinovismo", el talón de Aquiles de la revolución de Octubre habría sido que a la cabeza de las masas de Petrogrado no estuvo el soviet de los talleres Putilov, y no tuvo como su núcleo dirigente y animador, su consejo de fábrica: si así hubiese sido, hubiéramos tenido la "democracia representativa" (y representativa no del proletariado en cuanto clase, sino de las mestranzas, adicionadas una a otras, de cien y mil "lugares de trabajo"). Leonetti pretende que con ello se hubiera evitado el "estatismo" staliniano; la dicha es que no hubiéramos tenido ni siquiera la dictadura proletaria! El Estado burgués, nacido apenas en febrero, habría quedado en pie, mientras que, desaparecido el patrono de las fábricas, la clase trabajadora se hubiera ilusionado que el aparato político central de la burguesía se había desvanecido como "el sueño de una sombra", sólo para volverlo a encontrar frente a sí fuera de las verjas de los establecimientos. Admitamos - por hipótesis - que no hubiese después venido Stalin: no se habría tenido necesidad de él, hubiera bastado un Kerensky...

o o o

Como conviene a un portavoz de ese templo de la cultura burguesa que es "la Facultad de Filosofía y Letras" de cada universidad, la interpretación de F. Fernandez Buey es mucho más "sutil". Menos ligado a obligaciones de reverencia o de irreverencia a la memoria de Lenin, él sabe demasiado bien, al contrario de Leonetti, que "desde el punto de vista leninista, que es absolutamente contrario a cualquier formalismo en el plano de la organización, o sea, contrario a considerar la organización misma como un fin en sí, lo que decide acerca del carácter revolucionario de los consejos no es tanto (nosotros diremos: no es en absoluto - ndr) la espontaneidad de su aparición en los tajos o en las fábricas, ni su configuración democrática interna, superior a la de los sindicatos, ni la mayor o menor frecuencia de la revocación de los mandatos, ni la posibilidad de fundir en los consejos elementos distintos (organizados y no organizados) de la clase, no es, en suma, la forma de estructuración de los mismos, como sus objetivos explícitos, su línea política; en una palabra, su función real en la lucha de clase para la toma del poder por parte del proletariado" (p. 42, subrayados nuestros). Esos "objetivos explícitos", "línea política", "función real" presuponen - pero "omite" decirlo el ilustre universitario - lo que, como si no bastase, Gramsci ignora: la influencia determinante del Partido (2), que ninguna "espontaneidad" podrá jamás asegurar a ningu-

(2) Abandonados a la "espontaneidad" del movimiento, los soviets de junio-julio de 1917 hubieran terminado como presa del menchevismo y directamente de Kerensky: no por nada Lenin insistió para la toma del poder incluso contra esos soviets, en nombre de la revolución. Ni la "línea política" de Octubre, ni sus "fines explícitos" podían encontrarse en otro lado que en el Partido: ¡es ésta "la enseñanza del bolchevismo"!

na forma organizativa. Sabe muy bien, a) que, precisamente por ello, "el punto de vista leninista" no tiene nada que ver con las teorizaciones "occidentales" de la "democracia industrial" por un lado, del "consejismo" por el otro; b) que tiene menos aún que ver con esa visión reducida del "consejismo" como modelo ideal de "democracia obrera" que es la elevación gramsciana de los consejos de las fábricas a dignidad de soviets; c) que no por razones de forma, sino de sustancia, el bolchevismo puso como base de la estructura política del Estado a los soviets territoriales -de los obreros en general, no de esta o aquella fábrica; de los soldados en cuanto soldados, no de este o aquel regimiento; de los campesinos como campesinos, no de esta o aquella finca -, insertando en vez los consejos de empresa en la red estatal de administración económica, no contraponiéndolos para nada a los sindicatos considerados como intrínsecamente superiores a ellos, ni señalándolos como tales, en sí y por sí, a los Partidos comunistas de todo el mundo.

Sabe, o debería saber, que las Tesis sobre la constitución de los Consejos Obreros votadas por el Comité Central de la Fracción Comunista Abstencionista del Partido Socialista Italiano a fines de marzo de 1920, corresponden punto por punto a la Tesis aprobada por el II Congreso de la Internacional tanto sobre el papel del Partido en la revolución proletaria como sobre las condiciones de constitución de los Soviets. Sabe y escribe que la aprobación por parte de Lenin y de la Internacional Comunista de la resolución sobre la "Renovación del Partido" redactada conjuntamente por el grupo del "Ordine Nuovo" y por la sección turinesa de la Fracción Comunista Abstencionista no significó en modo alguno (p. 44), como pretende Leonetti, la aprobación de la doctrina propia y específica del primero. Sabe por otra parte, si bien no explica las razones (claramente indicadas en las tesis de la IC), que el "movimiento de los consejos" y, con él, el de los "consejos de fábrica" turineses, entraron en una fase de decadencia y después de eclipse con la misma rapidez con que habían subido encima del horizonte europeo en 1919-1920, que se dejaron enredar - en ausencia de un Partido de clase sólidamente implantado e influyente - en las mallas del reformismo dominante, como confirmación del hecho que el destino de los consejos, especialmente los de fábrica, está ligado, como el de todo organismo inmediato, a los flujos y reflujos de la "espontaneidad". Y no hay ninguna razón para considerar que la curva descendente del movimiento de clase sea menos "espontánea" que la ascendente. Sabe todo esto, pero posee una doble ganzá para llegar a conclusiones análogas a las de Leonetti. Una ganzá, a decir verdad, en absoluto original, porque constituye el pan cotidiano tanto de los profetas del "marxismo creativo" como de los de la "muerte del marxismo" :

1) No existe una línea ininterrumpida "que va de Marx y de Engels a Lenin y a la III Internacional", y que no se cruza con ninguna otra si no ese tanto (¡que es poco!) que en momentos históricos dados dos líneas discordantes pueden encontrarse en el terreno inmediato de la acción, para inmediatamente después divergir y oponerse. Lo que existe es un "marxismo revolucionario" genérico o mejor, un "movimiento", cuyo mínimo

común denominador es la aversión por la sociedad presente y la condenación del reformismo, y que abraza sin incompatibilidades por un lado a Marx y Engels, Lenin y Luxemburgo, Trotsky y Bordiga, por el otro a Sorel y Croce, De León y el Pannekoek del consejismo más tardío, tolerando que lleven su contribución al objetivo común el materialismo dialéctico como el vitalismo, el voluntarismo, el indeterminismo, incluso ... el futurismo, como así también la filosofía del todo musoliniana de la "audacia" y de la "juventud".

2) El propio marxismo no es una ciencia y, por consiguiente, previsión, sino búsqueda y constante descubrimiento de lo nuevo, de lo imprevisto, precisamente de la "espontaneidad" y, visto así, no sólo es legítima, sino rigurosamente ortodoxa la interpretación gramsciana de la revolución rusa según la cual la misma sería una desmentida y no una confirmación del Capital ("La revolución contra El Capital!"), gracias a la intervención milagrosa de la "voluntad", subversora de los hechos brutos como de la teoría. Es más. No sólo es legítima, sino rigurosamente ortodoxa, hasta la interpretación dada por Buey a la carta de Marx a la redacción de la "Otetschestvennyi Sapiski", no como admonición para no aplicar las leyes del modo de producción capitalista a otro modo de producción, sino como invitación a deshacerse de cualquier ley y hasta de cualquier teoría, para correr detrás de la "complejidad de los hechos" cada día diversos.

Es fácil, entonces, reconocer un derecho indiscriminado de ciudadanía en el marxismo a cualquier teorización del "momento revolucionario" como superación del reformismo, y ver en la polémica de Bordiga contra la ideología del "Ordine Nuovo" no la defensa del marxismo contra el irracionalismo indeterminista de tipo soreliano u otro, y contra su pariente próximo, el espontaneísmo economicista y tradunionista, sino "la monótona repetición de los esquemas aprendidos", o, peor aún, la incapacidad de coger la "problemática" del proceso revolucionario en sus manifestaciones inmediatas. ¿Cómo si la preocupación de Bordiga en 1920 fuese la de "adaptar las organizaciones obreras de su país a la letra (!!!) de las constituciones o reglamentaciones obreras rusas o alemanas" (p. 49)! ¿Cómo si no fuese, en vez, la de dar a los "consejos de fábrica" nacidos en Italia o en otros lados su justa colocación en el proceso revolucionario, invocando las instituciones rusas no como una "letra" muerta, sino como la correcta y viviente aplicación de la teoría revolucionaria marxista al devenir de la historia, y sacando de ella nuevo alimento para la reafirmación del papel de los órganos fundamentales de la revolución, en primer lugar del partido, con el fin de que el agitado movimiento de la posguerra encuentre su desenlace en la conquista del poder, y no en la enésima derrota proletaria y victoria burguesa! Era esta la condición sine qua non para "impulsar realmente los consejos de fábrica", impulso que se hubiera esperado en vano (como lo muestra la historia) del "estudio detallado de las variaciones de la organización del trabajo y del conjunto del proceso productivo", en el que Gramsci estaba sumergido.

Así, el "debate" de 1919-1920 se transforma para Buey en el duelo entre el luchador que se zambulle en el movimiento social buscando en él la brújula de la que no dispone - y no puede disponer de ella porque no existe tal brújula -, y el teó

rijo abstracto que busca en él únicamente la confirmación de la propia doctrina, preocupándose poco de incidir en la realidad tal como la misma es, y preocupándose en vez mucho por asistir al amoldarse de la realidad a los "esquemas aprendidos de memoria" de la gris teoría. Para Gramsci (con gran satisfacción de F. Fernández Buey) "entre los elementos espontáneos y los elementos conscientes en el movimiento de masas no existe diferencia cualitativa, sino SOLO de grado, DE CANTIDAD". Para el Lenin del ¿Qué hacer? y para el Bordiga de Partido y clase (3) el salto es en vez de calidad, y se realiza solamente en los raros virajes de la historia, a condición que "el elemento consciente", el partido, haya trabajado, en todo el curso que precede estos virajes, para fecundar con su acción el "elemento espontáneo". Para los Buey y sus colegas de cátedra, allí reside el gran desvarío, y es allí que el análisis de nuestro profesor de filosofía y letras se encuentra con el del trotskista-arrepentido Leonetti : eclipsándose el movimiento de los consejos (cómo y por qué no es explicado : ¡misterios de la historia nueva e imprevisible!) después de abril de 1920, las riendas del movimiento pasan en las manos del teórico "esquemático" Bordiga, convertido de improviso (¡incluso aquí, quién sabe cómo!) en "organizador que todo lo cifra en la potencia del aparato" y en este plano se mueve con una "continuidad lineal" (4). La misma le permite, por un lado, "amalgamar y dirigir a los revolucionarios dispuestos a crear un nuevo partido político" (p. 53) y, por otro, lo pone en condiciones ideales para imponer "su concepción esquemática del partido y de la revolución a aquella minoría que tuvo la frialdad y la audacia de arrojarse resueltamente a la corriente impetuosa y arrolladora de la historia" (palabras que Buey toma de un artículo de Togliatti, el hombre que en esa corriente no ha dejado después de zambullirse ¡precisamente bajo la bandera del stalinismo!).

Así nació, oh desgracia, el dictatorial y dogmático Partido Comunista de Italia, mientras se apagaba la llama libertadora de la espontaneidad, encendida en torno a los consejos de fábrica. En Rusia, según Leonetti, la culpa ha sido de

(3) Partido y clase, Ed. Programme.

(4) No falta, aquí, la conmovedora pincelada de color: en febrero de 1921 (ni siquiera las fechas corresponden : ¡en realidad fue en 1922!), encargado de redactar las tesis sindicales del Partido junto con Tasca, Gramsci "eligió el silencio" (en realidad las escribieron los dos juntos), ¡evidentemente porque mantenido bajo un yugo férreo por el aparato del Torquemada-Bordiga! La verdad bien sabida es que los exponentes mayores del "Ordine Nuovo", de Gramsci a Terracini, de Togliatti a Leonetti y Tasca, no sólo no "eligieron" el silencio en el bienio de ... dictadura bordiguiana, sino que hablaron con toda convicción el lenguaje del Partido y de Moscú. Se hallaron de nuevo a sí mismos (y la palabra) - ¡precisamente ellos, los teóricos de la espontaneidad! - sólo cuando la Internacional comenzó a dirigir su proa hacia el stalinismo.

Stalin (por no decir de Lenin); en Italia, según Buey, ha sido de Bordiga : en ambos casos la historia viviente ha sido matada, en uno por el aparato estatal, en el otro por el "aparato político-organizativo" del partido. Volvamos pues a los orígenes : a la democracia de fábrica! ; Volvamos pues a la pura fuente : el "lugar de trabajo"!

Así, filósofos puros y políticos puros se dan la mano para oscurecer frente a los ojos de la clase obrera las gigantescas conquistas teóricas de Octubre.

o o o

Ediciones Iskra

Amadeo Bordiga

I fattori di razza e nazione nella teoria marxista

Introduzione. Impotenza della banale posizione "negativista".

Parte prima. Riproduzione della specie ed economia produttiva inseparabili aspetti della base materiale del processo storico.

Parte seconda. Interpretazione marxista della lotta politica e diverso peso del fattore nazionale nei modi storici di produzione.

Parte terza. Il movimento del proletariato moderno e le lotte per la formazione e la libertà delle nazioni.

Appendice.

Un volumen de 176 páginas - Precio : 25 F/ 400 Pts.

*Iskra edizioni
via Adige 3
20 135 Milano
Italia*

*Difusión en Francia :
Editions Programme
20, rue Jean Bouton
75012 Paris*